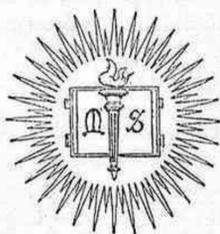


La Ilustración



Artística



AÑO XXI

BARCELONA 17 DE FEBRERO DE 1902

NÚM. 1.051

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EN EL TEMPLO

CUADRO DE WLADIMIRO SCHERESCHEWSKI

Schereschewski, oriundo de Polonia, reside desde hace muchos años en Munich, pudiendo decirse que Alemania es su segunda patria. Mas no por ello olvida á su patria madre ni tampoco á la nación que por los azares de la historia ha llegado á ser la opresora del pueblo polaco; antes al contrario, para muchos de sus cuadros se ha inspirado en episodios del despotismo ruso, habiendo pintado, entre otros, un ciclo compuesto de tres lienzos, titulados: *Desterrados á Siberia*, *Morituri* y *Los desterrados en Siberia entonando el canto de la patria*, que son

una elocuente manifestación de su modo de sentir y constituyen la más enérgica protesta y la más terrible acusación contra el despotismo y la crueldad moscovitas.

Mas no se crea que para expresar tales sentimientos recurre á terroríficos efectos ni que en sus composiciones persigue directamente fines políticos; éstos, en todo caso, resultan, no de la intención deliberada del pintor, sino de la escena reproducida con toda fidelidad. El artista no ha hecho más que copiar; la protesta, la acusación surgen de la impresión recibida por el que contempla tales obras.

No es este el único género que cultiva Schereschewski; también busca inspiración en asuntos, poéticos unas veces, otras tomados de escenas de costumbres apacibles y sencillas. Como

muestra de los primeros recordamos su cuadro *El nido vacío*, que hace algunos años reprodujimos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; como ejemplo de las segundas puede presentarse el que figura al pie de estas líneas.

En el templo, en efecto, es un lienzo admirablemente sentido que emociona dulcemente; esas mujeres, en cuyos rostros y en cuyas actitudes se refleja el fervor religioso de que se hallan poseídas, están arrancadas de la realidad vista por un psicólogo observador que nos ofrece, no sólo sus cuerpos, sino sus almas, completamente abstraídas en sus rezos piadosos. Examinada la obra desde otro punto de vista, del de la técnica, es un estudio de luz hábilmente realizado que demuestra la maestría pictórica de su autor.



EN EL TEMPLO

cuadro de Wladimiro Schereschewski, grabado por Weber



Texto. — En el templo, cuadro de Wladimiro Schereschewski. — La vida contemporánea. Coro de brujas, por Emilia Pardo Bazán. — Pensamientos. — La muñeca, por E. Benot. — Las dos cruces, por P. Gómez Candela. — La gitana andaluza, por J. Gestoso y Pérez. — China. Tientsin, por Hesse War-tegg. — Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — El pasado de una madre, novela ilustrada (continuación). — República Argentina. Buenos Aires. La corbeta española «Nautilus», escuela de guardias marinas, por Justo Solsona. — El ariete, porcelana de la fábrica de Sevres.

Grabados. — En el templo, cuadro de W. Schereschewski. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo La muñeca. — La mejor riqueza, acuarela de Leonor Fortescue-Brickdale. — Dibujo de J. García y Ramos que ilustra el artículo La gitana andaluza. — China. Tientsin. Club alemán. Iglesia católica. La calle de Takú. Fuerte del gobernador. Autógrafo y sello de Li-Hung-Tchang. — Los políticos de aldea, cuadro de G. Leibl. — Velocípedo adaptable a las vías férreas. — Jarrón de porcelana de Sevres. — Jefes, oficiales y guardias marinas de «La Martona» en Cañuelas. Buenos Aires. — Los mismos visitando dicha finca. — Grupo fotográfico de los mismos. — La corbeta «Nautilus». — Jefes, oficiales y guardias marinas en la tribuna de la Sociedad Hípica Argentina. — El ariete, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CORO DE BRUJAS

La poca nieve que ha caído produjo toda una revolución en las costumbres y en el modo de ser de Madrid. La gente aquí no concibe que se pueda vivir entre nieve. Y que se puede es innegable, y hasta que se vive muy bien, en excelentes condiciones, sin perder bocado de la temporada de invierno, sin interrumpir ninguna distracción ni ningún hábito de los que, entre la gente civilizada, han pasado á ser segunda naturaleza.

Aquí ni el calzado, ni la ropa, ni los muebles, ni las habitaciones están en armonía con la nieve. Cuatro copos que caigan, nos echan á pique. — La gente anda por las calles muerta de miedo y aprensión, y pegando cada costalada que tiembla el misterio. Es alarmante el recuento de piernas y brazos rotos. — Los coches se paran; los tranvías renuncian á circular; los cocheros hacen toda clase de hipótesis pesimistas acerca de lo que le sucederá al tronco si enganchan; los panaderos y carboneros se niegan á distribuir el sustento y el calor. ¡Estamos frescos!, pueden decir los moradores de Madrid al ver descender, con la suave gracia característica de este meteoro, el primer copo de nieve...

Países hay donde nieva siete meses del año, y todo está acondicionado para la nieve. La gente se adiestra en patinar desde la niñez. Así, por ejemplo, en Holanda, donde el patinaje no es un sport, sino un sistema de comunicación y acarreo. Nunca se va más aprisa en Holanda que cuando se hielan los caminos; pues justamente entonces es cuando la carga se lleva con mayor facilidad, como que el resbale ayuda al transporte allanando y abreviando el camino. Con igual soltura resbalan que andan los holandeses, y con mucha mayor rapidez, pues existen allí patinadores que apuestan á ir aprisa con el tren, y lo consiguen, y aun á veces se lo dejan atrás. Nunca se oye decir que se ha roto un húmero ni que se ha partido un fémur, á causa de la helada. Es asunto de costumbre.

Y sin irnos tanto al Norte, quedándonos en países que están ahí á la vuelta de la esquina — en París he pasado yo invierno viendo nevar todas las mañanas, sin que nadie hiciese caso de la nieve, ni soñase en suspender ningún plan á causa de ella. — Los de infantería se calzaban botas á propósito, *snow boots*, armadas de una especie de cuchillas que aun á los profanos en el patinaje les permiten, cuando menos, evitar el resbalón. Los caballos de los coches llevan herraduras especiales. La villa tiene divinamente organizado el servicio de limpieza y barrido de la nieve, que poderosas mangas de agua precipitan y arrastran sin dejar señal de ella, á no ser una orlita blanca donde la acera se junta con el arroyo, y muchos finos encajes tendidos en los techos y desgarrados en las secas rojizas ramas de los árboles.

Pero, lo repito: á nosotros nos cogió la nevada como á casa pobre llegada de huéspedes. No se nos

ocurrió mejor solución que meternos en la concha, cerrar á piedra y lodo ventanas y puertas, y asustarnos de que la infanta Isabel, consumada *sport woman*, se echase á la calle guiando sus cuatro jacas, para disfrutar de un espectáculo bastante raro en Madrid, y admirar los *bonshommes de neige*, los don Tancredos y demás productos de la inspiración escultórica que infaliblemente determina la nevada.

Envuelta en su torbellino blanco, rápida en aparecer como sus antecesoras las brujas, pero ni montada en una escoba ni cayendo por el hueco de la chimenea, nos ha visitado una profetisa, pitonisa ó qué sé yo qué, distinta de las humildes gitanas que empiezan «En el nombre el Pare, el Jijo y el Espíritu Zanto,» porque éstas se conforman con media peseta ó una peseta, y la vidente parisiense no suelta su soflama menos de 150 ó 200. Por lo demás, y tocante á la lucidez y conocimiento del arcano del porvenir..., crean ustedes que debe de estar á igual altura. Superstición más barata ó más cara..., al fin superstición absurda.

¿Por qué dura esto; por qué se perpetúa la creencia en lo que llama la doctrina *sueños, agujeros y rayas de manos*? ¿Por qué, si se han perdido tantas cosas del espíritu tradicional, la brujería subsiste, mantenida por la debilidad de nuestra alma, que necesita de lo maravilloso y de lo inexplicable?

Propio de villanos creía D. Juan Tenorio el miedo á las cosas del otro mundo; y sin embargo, la brillante sibila de París ha venido á Madrid á ejercer entre gente muy alta y muy rica — sus precios lo dicen á voces. — De manera que habremos de convenir, mal que nos pese, en que la educación y sus ponderadas virtudes no redimen del pavor y de la aprensión de lo desconocido, ni de la credulidad sin límites, pronta á adquirir caracteres de terror. — Casi nadie deja de ser como aquel personaje de la opereta *Barba Azul*, que «no creía en esas cosas...», pero le daban mucho miedo. — Y en París, la superstición florece y cunde, invadiéndolo todo, hasta algunos cerebros privilegiados, algunas almas escogidas, como, verbigracia, la de Joris Karl Huysmann, persuadido á pie juntillas de la verdad del satanismo, la magia y otras varias herejías igualmente vitandas y damnables.

Me he pasado la vida pidiendo á esos supersticiosos que me enseñen un retrato de Dulcinea, aunque sólo sea tamaño como un grano de trigo; que me den una prueba cualquiera, pero auténtica, de la realidad de sus aprensiones; que me inicien en los misterios eleusinos. Y puedo afirmar que no lo he conseguido nunca. — «Ya que los espíritus acuden, dan golpes, se presentan, hablan, pegan..., á ver, venga aquí un espíritu, venga un duende, óiganse esos porrazos en las lámparas y las ventanas, vaguen por el ambiente esas manos sin cuerpo, encontrémonos en relación con ese mundo misterioso, ó pensaré que todo ello es una «monserga.» — Esto dije á algunos espiritistas, por otra parte personas cultas y que no tenían traza de bromistas ni de misticadores. De cierto les hubiese complacido infinito poder confundir mi escepticismo con alguna demostración de sus doctrinas y convicciones. El caso es que la demostración se quedó en el bolsillo, y yo sin tener el gusto de trabar relaciones con el mundo astral.

¿Y qué más? Hombre como D. Juan Valera abogó mil veces, en sus conversaciones conmigo, por la verdad de la ciencia oculta de Madama Blabatzky, la cual era una dama rusa que decía haber bebido en sus fuentes la sabiduría de ciertos *majalmas* ó videntes de la India, que ejecutaban mil maravillosas transformaciones y trastornaban á su gusto las leyes físicas, practicando á la vez una especie de filosofía mística y extraña, que revestía ciertas afinidades con el hermetismo de los antiguos egipcios y con la *gnosis* de los primeros siglos de la iglesia. Como yo ni hecha pedazos quería convencerme de la verdad de tal ciencia y de tales asombrosos prodigios, don Juan me recordaba aquellas palabras de mi poeta favorito Shakespeare: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía.»

No niego la profunda trascendencia y exactitud de la frase sepiriana; en teoría admito que existen y hasta que se producen fenómenos que escapan á nuestra comprensión, ya porque no alcanzamos bien sus causas naturales, ya porque pertenecen á la esfe-

ra de lo sobrenatural. Lo único que afirmo se expresaría por medio de un terceto:

Que en este valle y líquida laguna,
para decir verdad como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.

Personalmente no he logrado ponerme en contacto con el extra-mundo; lo cual es sorprendente y hasta unas miasmas humillante, para quien posee imaginación bastante impresionable, y á poco que se lo proponga, se sugestiona viendo en todo extrañas coincidencias, peregrinos y sutiles lazos que unen el reino de la naturaleza con el del espíritu, y rastros de luz que fosforescen alumbrando momentáneamente el abismo de nuestra ignorancia, y de la ignorancia de los más sabios... Quien escribe novelas y cuentos necesita ante todo de la imaginación, y la imaginación es, como sabemos, la loca de la casa. Pero podría suceder también que este mismo cultivo forzado que hacemos de la imaginación, la encerrase en los límites del papel escrito, y en cierto modo la vacunase contra los extravíos y las exaltaciones á que debe sus saneadas ganancias la adivinadora Madama de Thebes.

En Madrid refiérese que hizo esta sibila profecías muy siniestras y anunció mil calamidades y desventuras. Aunque á primera vista parezca que esta profecía es una perogrullada y que juzgando por indicios no se le pueden augurar á España días de gloria, ni aun de tranquilidad, pudiera ocurrir que en este país de los viceversas se equivocase de medio á medio la pitonisa...

Echándose á profetizar á bulto, no es raro que alguna vez se dé en el hito; como echándose á curar, aun sin rudimentos de ciencia médica, se hacen curas, á veces sorprendentes. Se refieren de Madama de Thebes, en su ya larga carrera de candidata al sambenito y la corozá, dos ó tres aciertos bastante felices; pero ¿quién cuenta las veces que descargó el golpe en vago?

Estando yo ha dos años en París, en un almuerzo campestre en honor de Balzac, en su quinta de *Les jardies*, me presentaron á una señora que desde el primer momento se confesó bruja, ó sea, en lenguaje moderno, «vidente y profesora en *ocultismo*.» Al ver que yo no demostraba mucha fe en tal *videncia*, me afirmó que, para convencerme, dentro de tres días, á tal hora, se me aparecería dondequiera que yo me hallase. — Preguntéle si la aparición se verificaría á mi izquierda ó á mi derecha, para estar prevenida. «A la izquierda,» respondió con el mayor aplomo. No necesito añadir, ¿verdad, lector listo?, que á la hora y el día consabidos no vi sino lo que tenía delante — un plato de salmón en salsa verde, — pues la aparición había de sorprenderme en el *restaurant*, sitio nada espantable y hasta prosaico.

Y estas cosas generan un desolador escepticismo. Estas cosas le ponen á uno más seco que una pasa. Destruyen toda ilusión; agostan los jardines de la fantasía... He aquí por qué no me he gastado 200 francos en consultar á Madama de Thebes, que será sobre poco más ó menos como la dama de *Les jardies*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Cultiva tus campos, pero cultiva también tu jardín á fin de recoger, además del trigo, frutas y flores; que el hombre no vive sólo de pan. Y lo mismo debes hacer con tu inteligencia: cultiva en ti el buen sentido, que es el pan necesario á la vida; pero resulta bastante agradable y hasta útil añadir á ello algo más, puesto que no se vive del buen sentido solamente.

WHATELEY.

Los jóvenes son tales cuales les ha hecho la naturaleza; los ancianos han sido modelados por las manos, á menudo torpes, de la sociedad.

EDMUNDO ABOUT.

Querer saberlo todo á los diez y siete años, es la manera segura de ignorarlo todo á los cuarenta.

EL P. DIDON.

La historia es la vida de las colectividades; la novela es la vida de los individuos.

ALFONSO DAUDET.

Las escenas de ruptura entre enamorados son tentativas desesperadas para no romper.

ABEL HERMANT.

En el matrimonio lo principal no es amarse, sino conocerse.

PABLO HERVIEU.



De pronto sonó un campanillazo tan fuerte, que arrancó de la pared la campanilla, la cual se vino al suelo con estrépito aterrador.

— ¡Bárbaro! ¡Animall, gritó Juana, criada antigua de mi casa, que actualmente la gobernaba según su capricho y buena voluntad.

— Y ¿eres tú, gorgojo, quien has pegado ese campanillazo?

Una voz encantadora de niña muy pequeña contestó con pronunciación admirable por lo clara y distinta:

— Como no alcanzaba, pegué un saltito y me colgué de la campanilla.

— Pues buena la has hecho. ¡Vaya un campanillazo! Pero tú ¿qué quieres?

— Yo quiero ver al usurero.

— ¿Qué estás diciendo, chiquilla? ¿A quién quieres tú ver?

— Al usurero.

— Aquí no hay usurero ninguno.

— Sí; aquí es. El domingo estuvimos aquí mi mamá y yo á empeñar el crucifijo en cinco pesetas.

— Juana, dije yo entonces. Deje usted entrar á esa niña.

— ¡Dios nos asista!.. Aquí tiene usted al gorgojo del campanillazo.

Y Juana entró en mi despacho con una niña como de tres años y medio, que traía abrazada una muñeca.

— Niña, ¿qué es lo que quieres?

— Que esta mañana doña Flora le dijo á mi mamá: «Señora, no queda de las cinco pesetas ni para pagar el puchero. Yo voy ahora á ver si la carnicera me lo fia.» Y doña Flora salió llorando. Yo entonces dije á mi mamá: «No te apures, que yo voy ahora al usurero á empeñarle mi muñeca.» Mi mamá no me respondió, porque muchas veces se queda sin poder hablar. Y yo vengo á empeñar mi muñeca en cinco pesetas.

— Juana, dé usted cinco pesetas á la niña.

La garantía no habría costado una, cuando nueva. Juana sacó las cinco piezas de plata, y las puso en la mano de la niña. Pero la niña no podía abarcarlas bien, y una tras otra se le escaparon todas al suelo. Dos cayeron de plano; pero las otras tres, con una rara habilidad, rodaron por entre los pies de las sillas y de las butacas, y fueron á esconderse y acurrucarse junto á la pared. Juana cogió las dos piezas que cayeron de plano; sacó otras tres del bolsillo, envolvió las cinco en un sobre de tarjeta que tomó de mi escritorio, y poniéndolo en la mano de la niña, le dijo:

— Aprieta esto muy bien. Parece mentira que una mano tan chiquita, me haya arrancado de la pared la campanilla.

En esto, Juana miró los pies de la niña y dijo:

— ¡Pobrecita! con los deditos por el suelo!

Y salió precipitadamente de mi despacho.

Yo me quedé solo con la niña contemplando tanta miseria y le dije:

— ¿Dónde vives?

— En la plaza del Progreso.

— Pero ¿qué número?

— Plaza del Progreso, sotabanco.

— Niña, atiende: yo lo que quiero es saber el número de tu casa. ¿Tú vives en la plaza del Progreso, número?... ¿cuál es el número de tu casa?

La niña me miró con sus grandes ojos estupefactos, y con tal expresión que querían decirme: yo no entiendo de números.

— Y ¿cómo se llama tu mamá?

— Mi mamá se llama mi mamá.

— Pero, ¿cual es su nombre? ¿Carmen? ¿María?

— Ana? ¿Manuela? Doña Flora ¿cómo le dice?

— Pues le dice *señora*.

— ¿Y tú tienes papá?

— Aquí no. Mi papá está en Filipinas.

— ¿Y qué es? ¿Es empleado? ¿Es militar? ¿Es paisano?

Los grandes ojos de la niña me hicieron comprender que ella no entendía ni de militares ni de paisanos.

— Oye, niña, ¿y tú cómo te llamas?

— Mariquita.

— ¿Pero Mariquita qué? ¿Mariquita Fernández?

— ¿Rodríguez? ¿Sánchez?.. ¿No hay otras niñas en la casa? ¿cómo te llaman las otras niñas de la casa?

— Mariquita la del sotabanco.

Yo estaba perplejo. Esta niña de seguro no sabe dónde vive. Pues es preciso averiguarlo. Me puse el gabán y el sombrero, recogí de la gaveta todos los duros y plata menuda que tenía, y en esto entró Juana con la zapatera del piso bajo, la cual traía unos cuantos pares de zapatitos encarnados.

— Ven acá, gorgojo: siéntate aquí, que te van á probar unos zapatos.

La zapatera miró el pie: buscó unos zapatos: se los probó á la niña y resultaron bien.

La niña no hacía más que mirarse los zapatos.

De pronto besó la muñeca, y le dijo con dos lagrimones en los ojos:

— Ya no volveré á verte más.

— Mariquita, ¿por qué dices eso?

— Porque así se lo dijo mi mamá al crucifijo.

— Pero ahora la cosa es diferente. Cuando una niña empeña su muñeca, se lleva el dinero y la muñeca.

La niña me miró con sus grandes ojos que decían: «No lo entiendo. ¿Pero yo me llevo el papel, la muñeca y los zapatos?»

— Sí, mujer.

Y Mariquita apretó el sobre con la diminuta mano derecha, abrazó la muñeca nuevamente, y echó á andar mirándose los zapatos.

— Aguarda, mujer; que yo voy á llevarte á tu casa.

— Quierr la va llevar soy yo, dijo Juana. ¿Dónde va usted con estos harapos?

Juana tomó en brazos á la niña, bajó con ella las escaleras, y por indicación mía, pronto estuvimos todos en la plaza del Progreso; pues yo vivía al final de la calle de Relatores.

— Juana, ponga usted la niña en el suelo. Mari-

quita, ya estamos en la plaza del Progreso. ¿Cuál es tu casa?

La niña no se movió.

De pronto oímos á nuestra espalda:

— ¡Mariquita!, ¡Mariquita!, ¡Mariquita!

La niña se volvió y echó á correr hacia una mujer que la llamaba.

— ¡Doña Flora, mira, he empeñado la muñeca, y aquí traigo yo para el puchero!

— Picaronaza, ¿sabes tú el susto que me has hecho pasar? No te doy una mano de azotes, porque...

En esto me había yo acercado.

— Doña Flora, no le riña usted, porque su imprudencia merece una corona. Ya se lo explicaré.

— ¡Mira, doña Flora, aquí traigo yo para el puchero!

— Ya está arriba el puchero para hoy. Vamos al sotabanco, que la señora ha perdido el conocimiento.

Doña Flora tomó en brazos á la niña, y Juana y yo la seguimos á una casa situada á espaldas del antiguo ministerio de Fomento. Yo creí que nunca acabábamos de subir.

Entramos en el sotabanco:

— ¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡qué desolación!, dijo Juana, y salió escapada.

En efecto. Jamás había yo ni siquiera pensado en tantísima miseria. Sobre una capa muy gruesa de periódicos de Manila puestos unos sobre otros estaba sin movimiento una mujer, vestida y cubierta por dos ó tres colchas desgarradas. Junto había otra camita de periódicos mucho más gruesa: allí dormía Mariquita. Apoyada en una pared se veía una mesa, á la cual le faltaba una pata. Sobre la mesa estaba una hermosa urna de sándalo. Y no había más. Ni siquiera una silla. ¡Qué desamparo!

— Pero, doña Flora, es preciso que vea á esta mujer un médico ahora mismo. ¿No sabe usted de alguno que viva cerca?

— Sí; en la casa de junto vive uno. Pero es un médico de los caros.

— Pues que venga corriendo. Doña Flora, vaya usted ahora mismo y dígame usted que aquí hay un señor que le pagará la visita.

Doña Flora desapareció. Y yo me quedé solo con la niña ante aquella mujer desmayada. Mariquita estaba sentada en su camita de periódicos, aguardando á que su madre pudiese hablar. Sin duda no era aquella la primera vez que presenciaba espectáculo semejante. Tenía fijos los ojos en sus zapatitos colorados.

Me acerqué á la mesa y abrí la urna de sándalo. No fué para sorprender secretos, sino para ver si vislumbraba un faro en el mar de tinieblas que me rodeaba. Lo primero que vi, pues estaba encima de todo, fué la papeleta del empeño del crucifijo. Me la guardé para desempeñarlo inmediatamente. El usurero vivía en la calle de Barrionuevo; de modo que la niña, cuando salió á empeñar su muñeca, en vez de tomar á la derecha, tiró á la izquierda. Todo lo demás que había en la urna eran papeletas de empeño, muchas ya vencidas y caducadas. Sólo allí

había una excepción. Y era el retrato de un joven, verdaderamente guapo y de simpático aspecto.

— Oye, Mariquita, ¿de quién es este retrato?

— De mi papá, el que está en Filipinas.

En esto entró doña Flora.

— El médico me ha dicho que ahora mismo viene.

En seguida entró Juana con dos mozos de cordel que traían una cama de hierro y una cuna, colchones, almohadas, sábanas, platos, tazas, vasos, cubiertos y cuatro sillas. Hasta venía papel, pluma y tintero para el doctor.

— Doña Flora, vamos a hacerle la cama a la enferma.

Y en un santiamén aquellas dos mujereas, haciéndose ayudar de los mozos, transformaron la habitación.

— Juana, ¿de dónde ha sacado usted esta cuna?

— Es la que la zapatera tenía preparada para el niño que le nació muerto.

— Pero me parece que es chica para Mariquita.

— ¿Chica? Pues que se encoja... Y ahora, fuera todo el mundo, que vamos a vestir a la señora.

— Yo no me voy, dijo Mariquita.

— Bueno, quédate, pero no para estorbar, ¿eh?

Los mozos y yo nos salimos. El doctor subía ya, y yo, allí mismo en la escalera, le informé de lo ocurrido.

— Ya se puede entrar, gritó Juana.

El doctor recetó, instruyó a doña Flora de lo que había de hacer y aplicó a la enferma una inyección de morfina.

La enferma volvió en sí.

— ¿Qué es esto?

— ¡Mamá, mamá, he llevado a empeñar la muñeca y mira todo lo que he sacado por el empeño! Y estos zapatitos encarnados.

La enferma miró al doctor, y el doctor le dijo:

— Yo tengo que volver esta tarde y se lo explicaré a usted. Ahora es preciso que usted no piense en nada y tome medicinas y alimentos.

Juana se encargó de todos los gastos, y el doctor y yo nos retiramos.

Yo fui a desempeñar el crucifijo.

Volví con él y dije a doña Flora:

— Colóquelo donde antes estaba.

Mientras tanto la enferma había tomado alimentos y se había quedado dormida. A poco despertó y preguntó llorando:

— ¿Quién ha desempeñado el crucifijo?

— ¡Mamá, mamá, mi muñeca!

Entonces tomé la palabra y referí a la enferma lo ocurrido.

A los pocos días la mujer era otra. Juana le había traído uno de sus vestidos más decentes. Pero quien estaba monísima era Mariquita. Juana le había arreglado y comprado varias prendecitas, y *Gorgojito*, con aquella pobreza, resultaba una hermosura.

El doctor estuvo atinadísimo y feliz.

Y cuando yo, satisfecho de mi obra, me hallaba otro día en el sotabanco pensando en la carga que había echado sobre mí, superior a mis fuerzas, se recibió un telegrama de Hong-Kong en que el marido anunciaba que antes de un mes llegaría a Madrid.

Respiré. El marido, desde Filipinas había ido a Alaska en busca de oro y volvía rico. Pero durante dos inviernos no había podido comunicarse con Europa.

A los pocos días de haberse establecido en Madrid, toda la familia vino a mi casa. Mariquita traía el crucifijo y me lo regaló, con palabras tan escogidas que desde luego se echaba de ver que las había aprendido de memoria.

— Juana, Juana, tú te enojaste conmigo porque te arranqué de la pared la campanilla. Pero aquí te traigo, para quitarte el enojo, un reloj de muchas campanillas. — ¿Lo he dicho todo bien, mamá?

— Sí, sí, Mariquita. Y el padre y la madre se la comían á besos.

Y Mariquita hacía sonar un reloj de repetición.

— Toma, Juana, para ti. Para ti.

donde tenía que ir todas las noches a aprender su arte ó su oficio, que era el de modista.

Tendría la pequeña unos catorce años, más *vieja* que yo; pero esto no fué obstáculo para que después de haberme decidido a acercarme a ella, y con bastante cortedad por cierto, me convenciese de que *me hacía caso*, como decíamos en la Academia.

Nuestras relaciones, si es que aquéllas podían merecer tal nombre, durarían a lo más unos dos meses, y se me hacían a mí tan tontas, tan largas y tan enfadosas!

Rompimos, acabamos; mejor dicho, ni concluimos siquiera, puesto que nada de esto nos dijimos ni en nada hubo de convenirse. No hubo riña, reproches, ni discusiones: una noche, como las anteriores, me despedí de ella, creyéndome enamorado, para volver al siguiente día, y no volví más, ni ella hizo por buscarme.

Transcurrió el tiempo; yo acababa de licenciarme en Derecho, frecuentaba algunas reuniones, desde la empingorotada donde había que ir de frac, hasta la mediocre donde permanecíamos con la capa puesta.

En una de estas reuniones caseras de modesto carácter, pero de ciertas pretensiones, me encontré una noche con ella, con mi aprendiz de modista, convertida ya en mujer hecha y derecha. Y en verdad que estaba muy hermosa, tanto que era la preferida de todos los galanteadores.

Después de saludarnos como si no nos conociéramos, hallé una ocasión de hablar con ella muy bajito; ella también se acordaba de mí, y yo... entonces sí que me sentí por vez primera realmente enamorado de aquella mujer adorable.

Bailamos un vals que al piano echó a perder la dueña de la casa; después, bailó una mazurca con otro señorito...

Una de las flores que llevaba prendidas en el pecho, una rosa pálida y nacarina que parecía de porcelana, desprendióse en una de las vueltas y fué a caer al suelo. Todos los que no bailábamos y nos habíamos enterado del lance, corrimos presurosos a recoger aquella flor codiciada que había tenido la dicha de oír latir el corazón de la bella.

Triunfé en la momentánea lucha, coloqué la flor en el ojal de mi levita y aquella noche me sentí feliz.

Ya no son tres ni cuatro los años que han transcurrido, serán unos doce, y la modista, la

bella de las reuniones de casa de las de Ruiz, *ella*, en fin, es lo que se llama una *jamona* que sería aceptable si no estuviere tan estropeada físicamente; conserva sus rasgos de belleza, pero ¡ay! tan borrosos...

Hacia que faltaba de Madrid mucho tiempo; hace poco regresé a él, anoche la vi en uno de los palcos del teatro Real, pregunté por su vida presente a los amigos, indagué más por curiosidad que por otra cosa, y después de oír lo necesario para comprender la existencia que había llevado, me torné melancólico y pensativo, hasta que uno de los que me acompañaban me dijo señalándome a un viejo estrafalario que ostentaba sobre el frac una condecoración:

— Mire usted, ése es ahora su protegido..., gracias a la influencia de ella, le han hecho a ése senador y le han dado esa cruz que luce tan orgulloso.

Llegué a casa malhumorado; busqué entre unos papeles, saqué una rosa marchita y deshojada, y colocándola cuidadosamente en la solapa del *smoking* exclamé entre lloroso y satisfecho:

— Entonces daba flores puras, ahora... ¡Más vale esta flor, mi cruz, que todas las grandes cruces del señorón del Real!

P. GÓMEZ CANDELA.



LA MEJOR RIQUEZA, acuarela de Leonor Fortescue-Brickdale

Juana lloraba. Y besando a la niña, exclamó:

— ¡Hija mía, tu muñeca es la muñeca de la suerte! Pero la suerte estaba tan dormida, que sin duda fué necesario, para despertarla, todo aquel campanillazo.

(Dibujo de Triadó.)

E. BENOT.

LAS DOS CRUCES

Era casi un niño; apenas si el primer bozo comenzaba a sombrear mi cara cuando la conocí.

Yo salía de la Academia de dibujo, donde después de cenar iba todas las noches, más bien obligado por los buenos de mis padres que no por espontáneo impulso, pues entendía que después de cerca de cinco horas de clase en el Instituto y de dos ó tres de estudiar, no había derecho para exigirle a un muchacho de doce años el tormento de tener que aprender a trazar paralelas, ni a encajar una nariz romana ó griega entre cuatro tiznones de carbón.

Ella salía también, según supe luego, de realizar una misión no menos honrosa y acaso tan forzosamente ó más que yo. Salía de su taller, del taller



LA GITANA ANDALUZA

¿De dónde había venido? Se ignoraba. Una tarde llegaron a la puerta del corral una gitana vieja y astrosa, con un lío de trapos, su único ajuar, y ella, Anilla, que sólo tenía como recuerdo de su infancia los malos tratos de un *cañí*, el cual, según decían, estaba casado con aquel vestigio *por detrás de la iglesia*.

Era huérfana y no conoció a sus padres ni se metió en averiguar quiénes fueron ni cuál fué su suerte. Jugando en el arroyo con los pilluelos, cogiendo colillas y pidiendo limosna llegó a cumplir diez y seis años. Siempre unida a la vieja, seguía, como un perro, a todas partes, recorriendo así pueblos y ciudades, durmiendo en el campo ó en los cotarros y burdeles si tenían diez céntimos, que no era siempre.

Cuando había que comer se comía; cuando no, pedían limosna, y reunidos unos cuartos, adquiríanse varetas para hacer canastas y cestillos, con cuyo importe en el verano se compraban pimientos y tomates ó las primeras materias para hacer un gazpacho, y en el invierno tenían bastante con unas cuantas sardinas y un pedazo de pan, duro ó tierno, blanco ó prieto. No conoció más patria que la del corral donde moraba; crióse sin afectos, sin cuidados, sin sentir jamás el dulce aliento de cariñoso beso posándose sobre sus oscuros labios rojos. Así como ignoraba su pasado, no se preocupaba de su porvenir.

¿Adónde iba? Adonde quisiera la *señá* Pepa; y nunca pensó en lo que sería de ella el día que, por razón natural, se quedase sola en el mundo. Después de todo, la compañía de la *señá* Pepa no era tanta como para echarla de menos. Por la mañana muy temprano, levantábase de la manta ó jergoncillo en que había pasado la noche, y poniéndose la harapieta enaguilla de percal con restos de estropeados faralaes, salía al patio, metía la cabeza en la fuente, peinaba sus ondulantes y negros cabellos con un pedazo de peine, y arrancando unas cuantas margaritas blancas ó cualquier florecilla de las que crecían en los arriates, formaba un grupo, que prendía en el espeso y lustroso moño. Con un pañuelo medio hecho jirones cubríase el torso, un delantal de abigarrados colorines era el complemento de su traje; y ya vestido el cuerpo y los pies descalzos, cogía la canasta que hizo la tarde anterior ó la olla con el guiso de caracoles, y atravesando el puente de Triana entrábase por las calles pregonando: «¡Quién me compra una canasta!», ó gritando con toda su fuerza: «¡A los buenos caracoles..., caracoles burgaos!»

Así recorría los barrios todos. Cuando la rendía la fatiga, descansaba en cualquier parte, si no tenía la suerte de que al pasar por delante de alguna taberna la llamasen unos *barbianes* para hacerla cantar ó bailar.

Anilla era alta, delgada, de nerviosa complejión, agilísima. Su cintura y caderas movíanse con una provocativa flexibilidad, que revelaba todas las formas de su cuerpo. Sus ojazos negros, sombreados por las pestañas, hacíanlos parecer todavía mayores los círculos violáceos que los rodeaban; y cuando entre el estruendoso

palmoreo y los ¡olé! de la concurrencia movía lenta y cadenciosamente su cabeza, y entre sus rojos y gruesos labios aparecían sus dientes blanquíssimos como el mármol con su báquica y constante sonrisa, era cosa de ver el juego de sus brazos, que se elevaban ó descendían al par que su talle giraba en todas direcciones, retorciéndose como el de una bayadera del Oriente, y cómo sus pies herían vertiginosamente el tablero de la mesa que le servía de pedestal: entonces el entusiasmo de los espectadores llegaba al frenesí, y ella, halagada en su vanidad, ebria de emoción y delirante de entusiasmo, esforzaba su voz, acentuaba sus pasos, multiplicaba hasta la locura de sus movimientos, hasta que la fatiga y el cansancio la hacían caer rendida, anhelosa, como cuerpo muerto, envuelta entre los harapos de su ropa, semejando una bacante adormecida después de los excesos del festín.

Eran estos los solos momentos de alegría que de vez en cuando la suerte le deparaba en su triste existencia, y como rayo de sol que penetraba hasta lo más recóndito de su corazón, sumido en las tinieblas de su soledad y de su abandono, de su miseria y de su envilecimiento.

Cuando no la llamaban, cuando veía llegar la tarde sin vender su pobre mercancía, cuando regresaba á su tugurio hambrienta, con los pies destrozados y los ojos húmedos por el llanto, todavía aguardábase mayor pesar: la *señá* Pepa la injuriaba y maltrataba, porque, lo que ella decía: «Cuando no se encuentra quien le dé á una *pa tagelá*, *entonse*, *arma* mía, *se chora* *cuarquier* *cosiya* con una *mijita* de *pesqui*, *pa* no ir al *estaribé*.»

Necesario es ver de cerca cómo viven los gitanos pobres para formar juicio exacto de su miseria; y no se comprende que en medio de tantas y tantas privaciones y de una carencia de recursos como la que sufren, tengan aún alientos para aprovechar cualquier ocasión en que poder demostrar su buen humor, su gracejo y su alegría.

En el rincón del corral arman los hombres la fragua para fabricar objetillos de hierro, clavos, cerrojos, herraduras, tenazas, etc., de manufactura bastísima; mientras tanto las mujeres hacen medias, canastas ú otros objetos de mimbres, ó bien aleccionan á las muchachas á decir la *buenaventura* ó á *echar las cartas*, por medio de las cuales adivinan todo, lo mismo lo presente que lo porvenir. Unas veces por estos medios, otras valiéndose de trazas más ó menos ingeniosas, explotan á los incautos y consiguen atender á sus necesidades, que son bien pocas por cierto.

Ni saben muchos de dónde vienen ni adónde han de ir, como dije al principio. La miseria, y tal vez misterioso atavismo en determinadas familias, les impulsa á la comisión de delitos que les llevan á cárceles y presidios. Hombres y mujeres desaparecen de una localidad, y nada se vuelve á saber de ellos y nadie tampoco se interesa por su destino.

En medio del corrompido ambiente en que viven, estimulados por la miseria y por las privaciones, ¿qué extraño es que concluyan en la cárcel ó en el patíbulo?

El tipo de Anilla, que tan á la ligera he bosquejado, es el más frecuente, y á cada paso nos tropezamos con él en las poblaciones andaluzas. Desprovistas de toda noción de moral, llegan á la pubertad habiéndose criado juntos y en su más completo albedrío muchachos y muchachas. Las consecuencias, pues, son las naturales... La mayor parte de ellas van á formar el montón en la sentina del vicio.

El fondo característico de mujeres y hombres es

J. Garcia J. J. J.

el de la pasión y la vehemencia; de aquí sus frases hiperbólicas, sus exageraciones en todo.

Si se visten de colores, han de ser éstos los más fuertes y llamativos; sobre todo el rojo, el amarillo y el negro entran casi siempre en la combinación, y con cuatro trapos abigarrados y un ramo de flores en la cabeza ó en el pecho, que saben colocarse con singular gracia, van tan ufanas como si arrastrasen terciopelos y rasos.

Así se comprende también su pasión por todo lo brillante y deslumbrador. Sus zarcillos han de ser aparatosos, de gran tamaño, con falsa pedrería, y gustan en extremo de usar collares dorados, de piedrezuelas ó pastas azules y rojas, cuando no pueden usarlos de corales. Tienen el sentimiento innato de los adornos que favorecen á su tez morena, á sus ojos y á sus cabellos negros, y de aquí su predilección por estos colores y atavíos.

La viveza de su fantasía revélase á maravilla en las ingeniosas frases que se les ocurren, sobre todo para ridiculizar á la persona de quien se estiman ofendidas: los símiles que emplean, sus hipéboles, sus agudezas, corren de boca en boca y son terribles, así como sus maldiciones, que preocupan mucho á la gente del pueblo. Sus alegrías y sus tristezas expresanlas á maravilla en las sentidísimas coplas que improvisan y con el tono de profunda tristeza con que modulan sus cantos, cuyas inflexiones de voz puede asegurarse que son inimitables.

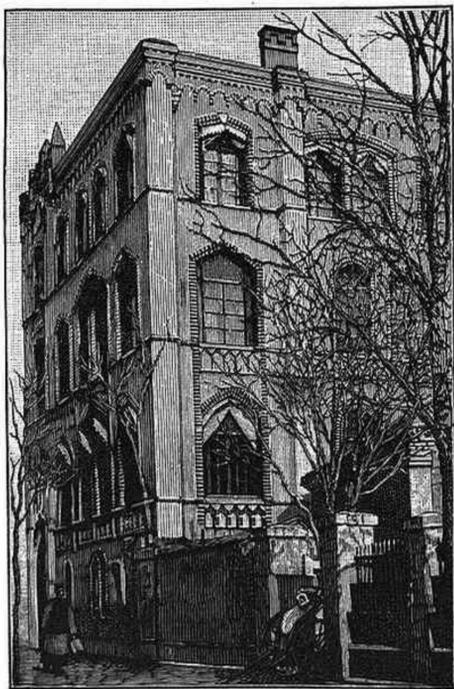
Hay que nacer gitano para darles todo el carácter y todo el sentimiento que entrañan. Los afectos del alma expresanlos de manera apasionadísima, y bástales una frase para sintetizar los dolores más profundos; las amarguras de la ausencia, del olvido ó de la muerte, los recuerdos de perdidos amores, los desengaños y las esperanzas de mejores días. Perseguidos frecuentemente por la justicia, encarcelados ó fugitivos, tales casos son también temas de muchos de sus cantares, y hasta para estos asuntos emplean un tono especial de coplas que se llaman *carceleras*. Nadie se ha preocupado hasta ahora de mejorar la condición de estas gentes, que podría modificarse muy ventajosamente y sacar mucho partido de sus cualidades, las cuales se nos ofrecen con la espontaneidad salvaje con que brotan las flores en los campos.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujo de J. García y Ramos.)

CHINA. - TIENSÍN

Terminó la guerra china, regresaron á sus respectivos países los ejércitos de las grandes potencias que habían ido á poner orden en el Celeste Imperio, volvió á su residencia de Pekín el emperador y todo aparentemente ha recobrado allí su normalidad. Y sin embargo, el problema que en aquel Estado quisieron resolver, primero la diplomacia y luego las armas, continúa en pie y no se resolverá en definitiva hasta tanto que China, imitando el ejemplo del Japón, cambie por completo de modo de ser, ó que las naciones civilizadas se pongan de acuerdo para aca-



CLUB ALEMÁN EN TIENSÍN

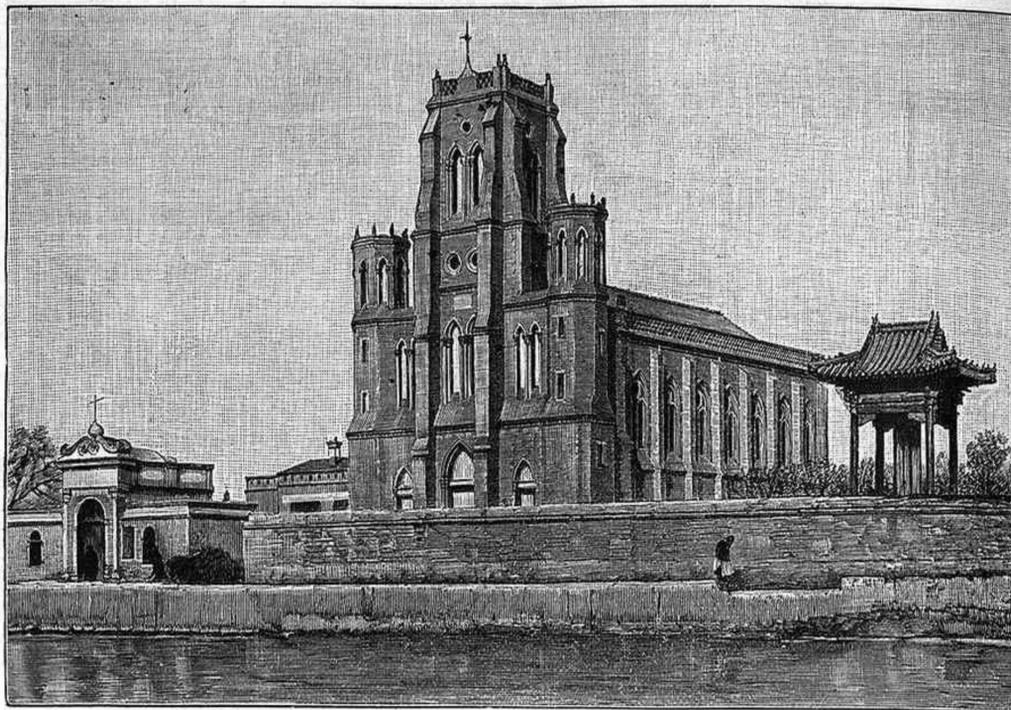
bar con aquel estado de cosas verdaderamente intolerable en el siglo xx.

En tanto que esto suceda, los asuntos chinos seguirán llamando la atención del mundo entero y

tendrá interés de actualidad cuanto se refiera á aquel país petrificado, encerrado en absurdas tradiciones, en el cual, sin embargo, empieza á abrir brecha la civilización de Occidente.

trechos, aisladas ó agrupadas, formando verdaderas ciudades de muertos.

En las orillas del río, de sucias y amarillentas aguas y de cerca de un kilómetro de anchura, agl-



IGLESIA CATÓLICA EN TIENSÍN

Por esto creemos oportuno publicar como explicación de los grabados que en esta página y en la siguiente reproducimos, algunos datos acerca de la ciudad de Tientsin, una de las pocas que el Imperio ha abierto á la influencia extranjera.

En Occidente háblase de Tientsin como si fuese una ciudad marítima, puerto de Pekín y capital de la provincia de Petchili; y sin embargo, ninguna de estas tres denominaciones es absolutamente exacta. Tientsin no es una ciudad marítima, sino que dista del mar unos 50 kilómetros; es, en cierto modo, el puerto de la capital del Imperio del Centro, pero excede á ésta en importancia y superficie. En efecto, mientras Pekín es considerada como ciudad de un millón de habitantes, cuando en realidad tiene apenas 500.000, Tientsin cuenta más de un millón y es, después de Cantón, la más poblada de China. Tampoco es Tientsin, sino Paoting-fu, la capital de la provincia de Petchili; debiéndose este equivocado concepto en que muchos la tienen á la circunstancia de que el virrey de dicha provincia, Li-Hung Tchang, residía en ella la mayor parte del año.

Tientsin, nombre que significa «vado del cielo», es una ciudad interior, rodeada de tierras bajas y llanas en las que en vano se buscaría una piedra ó una roca: en una extensión de cien kilómetros al Norte y al Sur, es un terreno de aluvión, producto de las inundaciones del caudaloso Peiho, de ese río cuyas aguas llenas de limo y de tierra acabarán por cegar el puerto de Petchili. Ya en la actualidad la navegación por el golfo hállase dificultada por numerosos bajos, y la barra que en su desembocadura ha formado el Peiho hace imposible á los barcos penetrar en la corriente de éste durante la bajamar, y si los vapores no calculan sus viajes desde Shanghai ó de Tchifú de manera que lleguen á dicha desembocadura en el período de la marea alta, vense obligados á detenerse delante de la barra, junto á la cual hay á veces hasta una docena de embarcaciones.

Una vez pasada la barra, todavía necesitan los buques un día de navegación para llegar á Tientsin; pues aunque la distancia en línea recta es sólo de unos cincuenta kilómetros, los barcos han de seguir las tortuosidades del río, que duplican por lo menos aquella extensión. Aquel viaje fluvial es en extremo monótono. Junto á la desembocadura hay una miserable aldea, habitada por prácticos y pescadores: es Takú, que tanta nombradía ha alcanzado en la moderna historia de China. Desde el puente del vapor se distinguen las líneas de fuertes que allí mandó levantar Li-Hung-Tchang y parte de los cuales fueron construídos por ingenieros alemanes y con artillería alemana están armados. A medida que el barco avanza, aumentan los poblados, pobres aldeas con chozas de barro, cubiertas de paja, que por su color apenas se destacan sobre la polvorienta llanura. No se ve, en cuanto la vista alcanza, ni un árbol ni un arbusto; los únicos accidentes del terreno son colinas sepulcrales que en incontable número se alzan á

tanse entre innumerables cerdos multitud de chiquillos desnudos; en las inmediaciones de las aldeas, laboriosos mongoles cultivan los campos de trigo y los arrozales, y en algunos sitios se ven norias movidas por búfalos ó molinos de viento de gigantescas aspas. Por doquier se advierte la miseria que en el país reina, y hasta los numerosos juncos que por el río pululan ofrecen un aspecto pobre y sucio, comparado con el de los de Cantón y Futchau.

Penosamente avanzan los grandes vapores por la tortuosa corriente. A veces alguno se desvía y su proa penetra en un campo de arroz; entonces los *culis* chinos que van en la embarcación saltan en tierra y por medio de cuerdas y palos vuelven el buque á la corriente. Los pasajeros de cubierta han de cambiar continuamente de sitio si quieren resguardarse de los rayos solares; pues el sol aparece, ora á la derecha, ora á la izquierda, unas veces por delante, otras por detrás: tan violentas son las curvas que describe el río.

Aquellas tierras bajas serían fertilísimas si no estuvieran sujetas á continuas alternativas de terribles



Autógrafo y sello de Li-Hung-Tchang

inundaciones y de persistente sequía. Los destrozos que allí causan los elementos son de imposible descripción.

Esto sentado, el viajero no puede extrañarse de la pobreza que se observa en todo el país comprendido entre Takú y Tientsin; antes al contrario, lo sorprendente es que en el transcurso de los últimos años la población haya tenido alientos para restablecer los cultivos y reconstruir las aldeas.

Hacia el Noroeste se ven las numerosas chimeneas y construcciones del arsenal que mandó levantar Li-Hung-Tchang, y al poco rato echa el vapor anclas en la ciudad de los extranjeros creada junto á Tientsin.

Ingleses, alemanes y americanos, en número de un millar á lo sumo, han edificado allí una ciudad pequeña, pero muy linda, que con sus calles rectas sombreadas por árboles y sus bonitas casas de un

solo piso permitiría al viajero hacerse la ilusión de que se encuentra en Europa, si no fuese por la multitud de chinos que gritan y se empujan cargados de cajas y sacos que extraen de los buques y amontonan en los muelles. Tientsín es la principal escala y el mercado más importante del Nordeste chino, a pesar de que allí sólo puede trabajarse durante nueve meses del año, pues desde mediados de diciembre hasta mediados de marzo el río está obstruido por el hielo; y aunque en este período los chinos conducen géneros valiéndose de trineos con velas, este transporte no basta ni con mucho para el considerable tráfico de aquella plaza. Los montones de mercancías que en el *Bund* se alzan son cada vez más grandes; y también al otro lado del río aparecen amontonados los sacos de cereales y de arroz, las cajas de te y grandes pirámides de sal, que en abundancia se produce en las inmediaciones de Tientsín y que constituye un monopolio del gobierno chino. Además de estos artículos, constituyen allí la principal exportación las jodías, los tejidos de paja, guisantes, dátiles, pelo de camello, lana, etc.; los géneros que más se importan son el opio, las telas de algodón, vidrios, azúcar, acero y hierro fabricados y papel. El comercio, que está en su mayor parte en manos de ingleses y alemanes, ha aumentado considerablemente en estos últimos años; siendo hoy Tientsín la tercera capital mercantil de China, superándola en este concepto solamente Hankau y Shanghai.

En la concesión extranjera de Tientsín, que los chinos denominan Tze-ku lin (soto de bambúes), había últimamente, según datos de la Dirección de Aduanas de China, 16 casas de comercio inglesas, 15 alemanas, cinco francesas, tres americanas, tres japonesas y tres rusas, con 852 europeos, de ellos 380 ingleses, 200 americanos y 60 alemanes. Lo mismo que Shanghai, cuenta la concesión extranjera de Tientsín varios clubs, templos, fondas, consulados y almacenes, y el semanario *Pekin and Tientsín Times* que allí se publica es uno de los mejores periódicos extranjeros de China.

A unos tres kilómetros de la concesión, ó del *Settlement*, como lo llaman los europeos, extiéndose á ambas orillas del Peiho la ciudad china de Tientsín. La ciudad interior, como la mayoría de las de aquel país, está rodeada por una muralla, fuera de la cual se han creado varios grandes arrabales, más poblados, más animados y más laboriosos que aquella. Alrededor de estos arrabales y de la concesión extranjera se levantó en 1870 otro muro de tierra y se abrió un profundo foso en una extensión de 30 kilómetros. En el centro de la ciudad desemboca, procedente del Sur, el gran canal que, á consecuencia de la navegación fluvial y de largos años de abandono, ha perdido algo de su antigua importancia; esto no obstante, todavía presta grandes servicios para el transporte de mercancías.

La ciudad de Tientsín ofrece poco interés á los

extranjeros que conocen otras ciudades chinas, pues apenas contiene nada notable en el sentido que nosotros damos á esta palabra. En efecto, allí no hay grandes templos, pagodas, plazas ni palacios; las vi-

nes. Diríase que toda la población se pasa el día en la calle en busca de negocios, corriendo siempre, como esos grandes jugadores de Bolsa para quienes un minuto puede á veces representar una ganancia

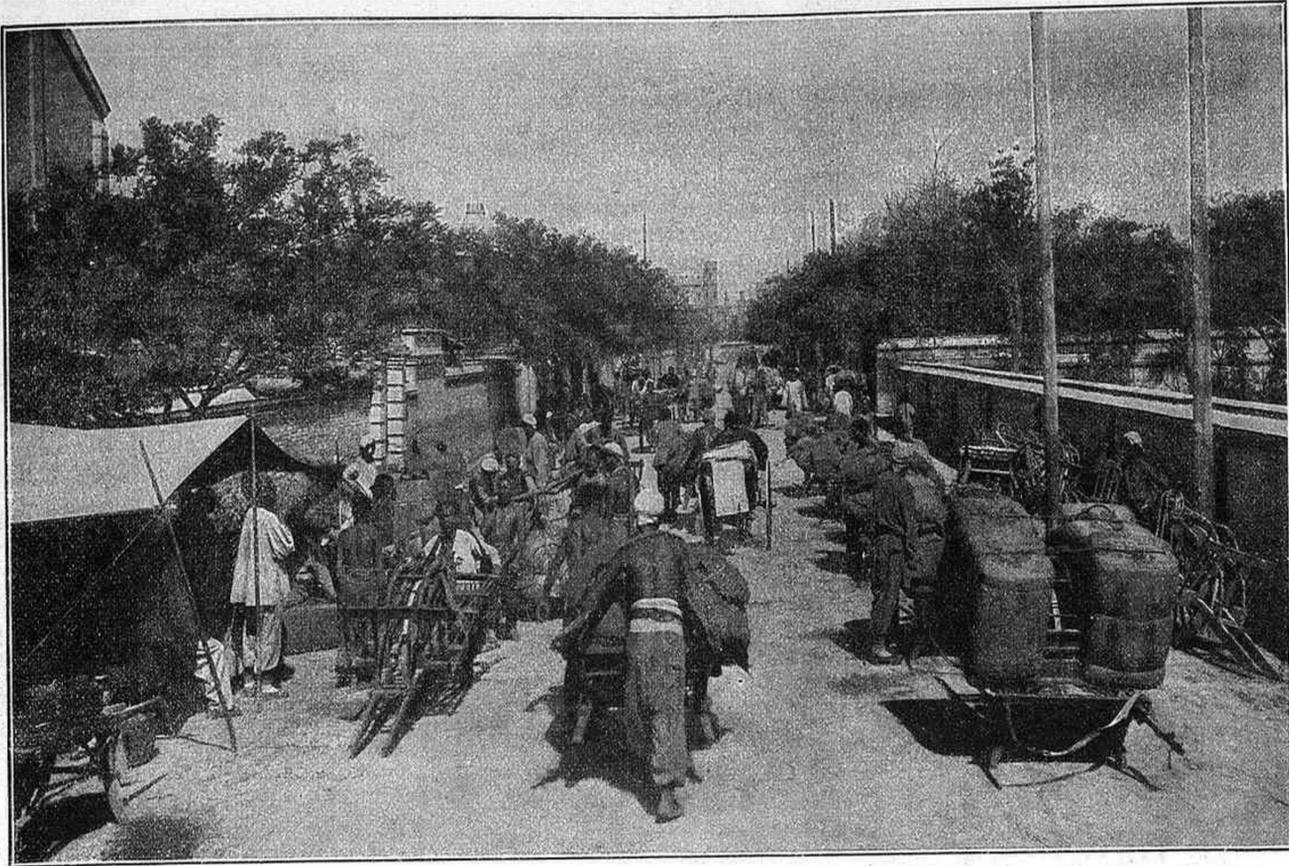
ó una pérdida de millones. Al revés de lo que sucede en Cantón, cuyas angostas calles no permiten más tránsito que el de á pie ó en palanquín, en Tientsín se puede circular montado en mulos ó asnos; así es que en las esquinas se ven largas filas de estos animales ensillados, esperando quien los alquile, como sucede en las ciudades europeas con los coches de punto.

En el centro de Tientsín, junto á la orilla del río, álzase de nuevo desde 1890 la catedral católica que durante la famosa insurrección de 1870 fué des-

truída por la plebe fanática, la cual incendió también el consulado francés y el convento de los lazaristas, dando muerte á los sacerdotes, á los frailes y á otros muchos extranjeros. El gobierno chino hubo de pagar una indemnización de dos millones de taels á los sobrevivientes y de reconstruir los edificios arruinados, pero se han necesitado treinta años para reedificarlos. Actualmente se ven delante de la imponente catedral y sobre una plataforma amurallada dos pabellones abiertos que contienen unas lápidas, en las cuales están grabados edictos de protección imperiales, para evitar que el pueblo, enemigo de los extranjeros, reproduzca aquellos atentados.

Ni en Tientsín ni en toda su provincia se ve gran cosa de las tan celebradas iniciativas de Li Hung-Tchang, que durante largos años fué virrey de Tchihili y cuya actividad se manifestó principalmente en la creación de obras de defensa, previendo sin duda la guerra con los japoneses. A él se deben la marina de guerra china, las fortificaciones que se levantan en la desembocadura del Peiho y en otros puntos de este río, el arsenal, una escuela militar y el hospital. Gracias á él también, el tráfico de mercancías por mar, que antes se hacía en su mayor parte en buques de bandera extranjera, se hace hoy á la vez por una sociedad de vapores china, la «China Merchant Company», que transporta tanta carga casi como los barcos ingleses. Li-Hung Tchang mandó asimismo construir las líneas telegráficas que ponen en comunicación á Tientsín con Pekín y otras ciudades del interior, así como el ferrocarril de las minas de carbón de Kaiping. Pero en cambio hizo muy poco para el bienestar del pueblo; quizás faltáronle poder y recursos para realizar las obras de que tan necesitadas están Tientsín, Pekín y toda la provincia, como son el ferrocarril de Pekín, el dragado y la reparación del cada vez más arruinado gran canal, esta única vía de tráfico por tierra con el Sur, la desecación de la provincia y la rectificación de la corriente del Peiho.

Las grandes catástrofes que han destruído el bienestar de la provincia debieran, sin embargo, haber



LA CALLE DE TAKÚ EN TIENSÍN

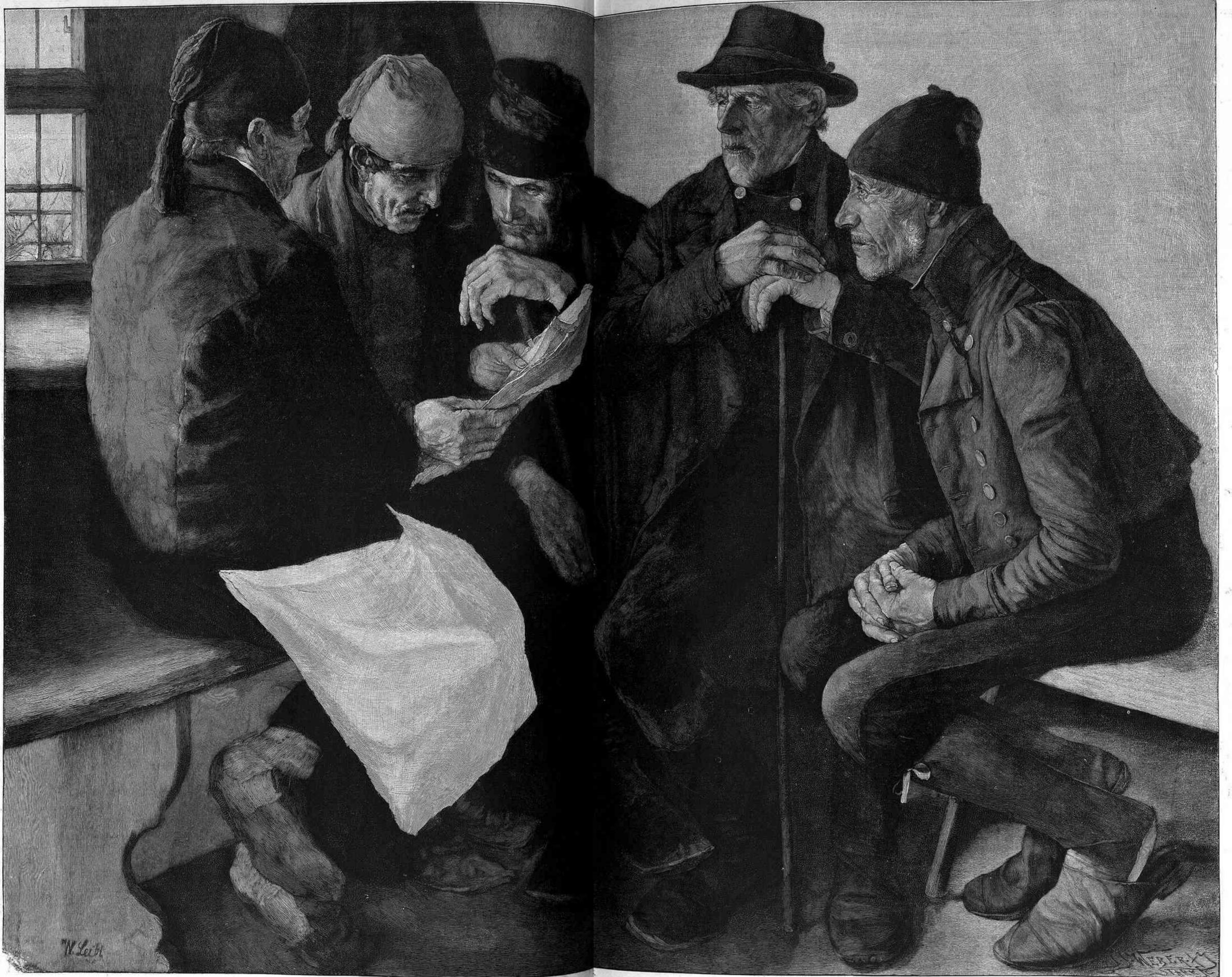
viendas de los ricos están generalmente cercadas por altas paredes, y en cuanto al *Yamen* del poderoso ex virrey, sólo se ve de él la inmensa puerta custodiada por centinelas. Aun aquellos que consiguen entrar en el *Yamen* guardan escasa impresión de aquella residencia: como todos los de las demás capitales de provincia, contiene varios patios con bajos edificios que no llaman la atención por su arquitectura ni por su limpieza.

Lo único que distingue á Tientsín de las otras ciudades chinas, especialmente de las del Sur, son sus anchas calles y la animación que en ellas reina: en ninguna parte, ni en Shanghai, ni en Cantón, ni en Hankau, se encuentra el animado tráfico que allí se observa, así en la ciudad como en el río. En éste se acumulan los antiguos pintorescos juncos, los ca-



FUERTE DEL GOBERNADOR EN TIENSÍN

ñoneros chinos, los remolcadores, los botes de remos en número tal, que á veces cubren por completo la superficie del río, dejando apenas ver el agua. Y á pesar de la considerable anchura de las calles, hay momentos en que resulta poco menos que imposible abrirse paso por entre la compacta masa que forman hombres, camellos, mulos, asnos, carros y carreto-



LOS POLÍTICOS DE ALDEA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE GUILLERMO LEIBL, GRABADO POR J. J. WEBER

ST. LOUIS
BIBLIOTHECA
MUSEI
ARTI
1880

demostrado la necesidad urgente de construir un sistema de canales para desecar aquellas tierras bajas. Millones de seres se han quedado durante años sin pan á consecuencia de las inundaciones, y en vez de destinar cuantiosas sumas á la alimentación de estas gentes, habría sido mejor utilizar el trabajo y las energías de las mismas para llevar á cabo la tan necesaria obra de la canalización. No sólo había de pensarse en la guerra; era preciso proveer también á la paz y al comercio, continuamente amenazado por el gradual descenso de nivel del Peiho. Algo análogo sucedía hará cosa de veinte años en la desembocadura del Missisipi; este río, como el Peiho, presentaba en su corriente infinitas tortuosidades y delante de sus bocas extendíase un banco de lodo. Pues bien: unos cuantos millones de dólares bastaron para suprimir, al final de su curso, las curvas que más estorbos causaban, con lo cual se acortó la corriente, se le dió mayor desnivel y mayor caudal de agua y se evitaron las inundaciones. Y en vez de hacer desaparecer la barra por medio de difíciles y penosos dragados, el capitán Eeds encomendó esta labor al mismo río, poniendo, cerca de aquella, diques artificiales que contenían la masa de agua del Mediterráneo avanzando mar adentro. Lo propio habría podido hacerse con poco gasto en el Peiho, evitándose con ello la gran inundación de 1889 y mejorándose las condiciones, hoy pésimas, de la navegación.

HESSE-WARTEGG.

NUESTROS GRABADOS

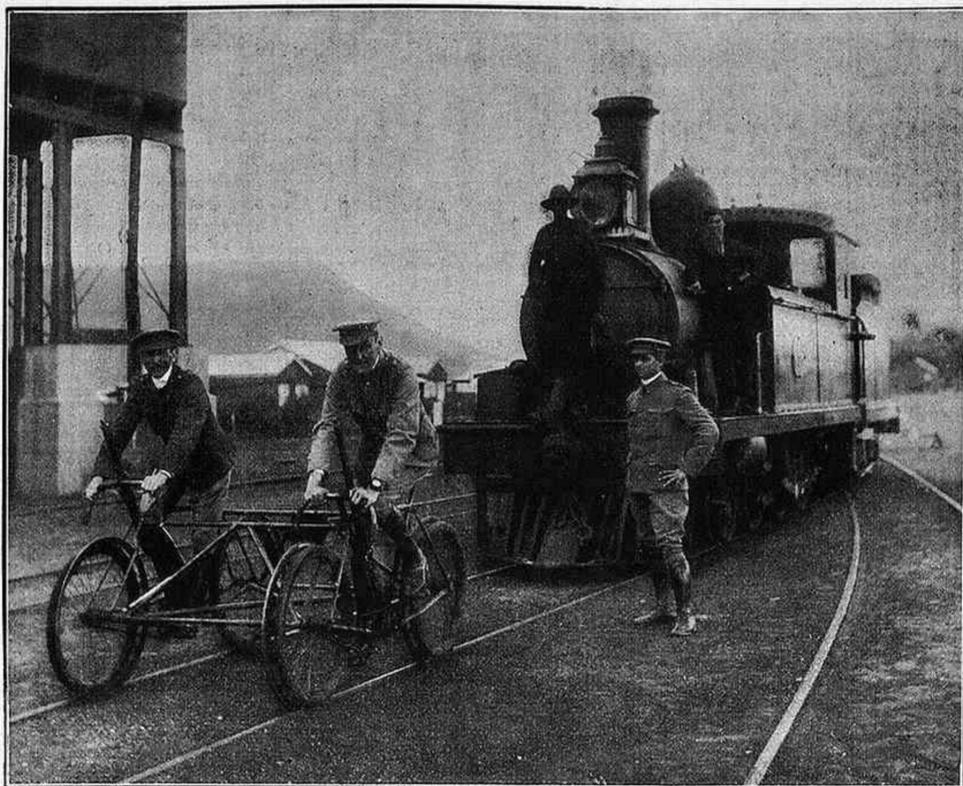
Jarrón de porcelana de Sevres.—Este jarrón está fabricado por el mismo procedimiento de pastas sobrepuestas que la porcelana cuya reproducción publicamos en la página 136, y, como ésta, es admirable por la elegancia y el gusto de la composición y por la ejecución perfecta, que caracteriza á todo cuanto sale de la célebre Fábrica Nacional de Sevres.



JARRÓN DE PORCELANA DE SEVRES

La mejor riqueza, acuarela de Leonor Fortescue-Brickdale.—En el número 1.049 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos la opinión de un notable crítico inglés acerca de las cualidades que distinguen á esta celebrada pintora. El cuadro suyo que hoy reproducimos es una prueba más de que las apreciaciones de dicho crítico no son exageradas, puesto que en él se patentizan de un modo elocuente las aptitudes técnicas de la citada artista. Mas si hemos de ser francos, confesaremos que lo que más nos atrae en este lienzo no son las bellezas de forma, sino la hermosa idea en que está inspirado: un obrero pobremente vestido estampa un beso en la angelical carita de su hija que le presenta su esposa, en cuyo rostro se marcan las huellas de los sufrimientos y de las privaciones. Todo en aquel grupo representa miseria; y sin embargo, pocas veces estará más justificado el título de *La mejor riqueza* que le ha puesto la autora. Y es porque en medio de su pobreza respiran aquellos personajes esa felicidad que no nace de la posesión de los bienes materiales, sino que se funda en los más puros goces del alma, esa felicidad que tiene por bases el trabajo y el amor, que convierte en suntuosos palacios las moradas más humildes, que siembra de flores el camino de

la vida del hombre y que en muchos casos hace envidiable la existencia del pobre á los más poderosos de la tierra, que con todo su oro no pueden comprar ni un átomo siquiera de la dicha que Dios derrama á manos llenas sobre tantos desheredados.



VELOCÍPEDO ADAPTABLE Á LAS VÍAS FÉRREAS, INVENTADO POR EL MAYOR OWEN-LEWIS Y UTILIZADO ACTUALMENTE POR LOS INGLESES EN EL AFRICA DEL SUR

Velocípedo adaptable á las vías férreas, inventado por el mayor Owen-Lewis y utilizado actualmente por los ingleses en el Africa del Sur.—Del periódico inglés de donde tomamos el grabado que en esta página reproducimos, copiamos el siguiente suelto que como explicación de éste inserta: «Según ha asegurado Mr. Brodrick, la comunicación por ferrocarril entre la ciudad del Cabo y Johannesburgo es actualmente tan segura, que los trenes cruzan libremente de Norte á Sur y la vida mercantil en las principales ciudades del Transvaal se hace como si la guerra estuviese ya enteramente terminada. Nos parece, por consiguiente, de interés dar á conocer un tipo de velocípedo militar que ha prestado grandes servicios en las líneas férreas. El aparato es invención del mayor Owen-Lewis, el organizador y jefe del cuerpo de ciclistas de la colonia del Cabo que tan bien ha desempeñado el servicio de exploración y transmisión de despachos durante la guerra. El velocípedo lleva neumáticos en las ruedas y éstas tienen un reborde que les permite adaptarse perfectamente á los rieles, sobre los cuales se deslizan silenciosamente, detalle muy importante para patrullar de noche. Montado en esta máquina, un buen ciclista puede recorrer una distancia de treinta millas en dos horas. En la fotografía que reproducimos, el mayor Owen-Lewis es el que se ve en el centro del grabado, montado en el velocípedo.»

Los políticos de aldea, cuadro de Guillermo Leibl.—Es este uno de los mejores cuadros del famoso pintor alemán, cuya biografía trazamos en el número 1.049 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Comenzó Guillermo Leibl en la primavera de 1876 y lo terminó en 1877, y en él puso el autor todo su talento artístico, cuidando, así de la impresión del conjunto, como de los detalles más minuciosos. Asombroso es el trabajo que en esta obra empleó el artista; pero más asombroso aún la observación de la vida real que en él se revela: aquel grupo de aldeanos que atentamente escuchan la lectura del periódico está arrancado de la realidad; las figuras, aisladamente y en conjunto consideradas, resultan de una naturalidad admirable; no hay en ninguna de ellas la menor afectación y cada una constituye una individualidad con carácter propio, perfectamente marcada en la expresión del rostro y en la actitud. Aquellos hombres, como todos los que pintara Leibl, se nos presentan tales cuales son en la vida íntima, en sus costumbres ordinarias; no se preocupan del que los mira en su existencia real ó del que los contemplará mañana trasladados al lienzo, sino que viven para sí mismos y en sí mismos, completamente ajenos al efecto que podrán producir el día en que el pintor los haya convertido en obra de arte entregada á la curiosidad de todo el mundo. Por esto precisamente nos cautivan y nos entusiasman, porque en ellos se nos aparece la verdad, desnuda de los convencionalismos que tantas veces la destruyen ó la afean creyendo embellecerla, lo cual es tanto más de apreciar cuanto que, como hemos dicho, la pintura data de una época en que la escuela naturalista contaba con poquísimos adeptos y en que los apóstoles de la nueva idea tenían que luchar contra la rutina de los clásicos y de los naturalistas y que sufrir las censuras de los que les tachaban de revolucionarios, cuando no de locos. El cuadro *Los políticos de aldea* figuró en la Exposición Universal de París de 1879 y fué muy celebrado por la crítica y muy admirado por el público inteligente.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. — *Salón París.* — En este salón ha expuesto últimamente una numerosa serie de cuadros el notable pintor Mariano Pidelaserra, que hasta hace poco ha residido en París. La mayoría de estos lienzos son impresiones que de la capital francesa ha traído el artista y que están admirablemente sentidos y trasladados con gran talento á la tela, sobresaliendo entre ellas los efectos de nieve y de lluvia y los de niebla en los jardines parisienses. Los retratos que expuso

han merecido grandes elogios de la crítica y de los aficionados por el vigor de la pincelada y por el buen gusto de la composición. Muy celebradas han sido también tres grandes pinturas simbólicas tituladas «La vida.» la primera es un efecto de luz del mediodía en pleno estío, y en él aparecen grupos de figuras expresando alegría y afán de placeres; la segunda representa un paisaje en la hora del ocaso en un día de otoño, con algunas figuras que simbolizan la vida sosegada; la tercera es un amanecer de invierno, distinguiéndose apenas en el fondo algunas oscuras siluetas.

En el propio Salón ha expuesto el notable artista D. Alejandro de Riquer tres grandes plafones decorativos, destinados á la sala de sesiones de la Cámara Industrial de Tarrasa, que representan: el central, á la antigua Egara vistiendo al desnudo; el de la derecha, á la misma presenciando la exportación de sus productos, y el de la izquierda á la Agricultura, otra de las fuentes de riqueza de la comarca. Los tres plafones están hábilmente compuestos y son de una sobriedad admirable; su dibujo es correcto y su colorido se distingue por su propiedad y por la suavidad de tonos.

Antonio Utrillo ha expuesto algunos retratos bellísimos, como todos los que de su pincel salen, y en los cuales se admiran una vez más el parecido de las personas retratadas, la naturalidad de las actitudes y la elegancia de la factura; y Julio Borrell unas escenas de la Pradera de San Isidro en Madrid, un estudio de manola, algunos retratos y otras obras, en todas las cuales se confirman las excelentes dotes artísticas que tan envidiable puesto han conquistado en el mundo del arte el joven pintor catalán.

Necrología.—Han fallecido:

D. Ricardo Becerro de Bengoa, notable escritor y periodista, catedrático de Física y Química del Instituto de San Isidro de Madrid, senador del Reino, cronista de Vitoria y de Palencia y autor de importantes obras científicas.

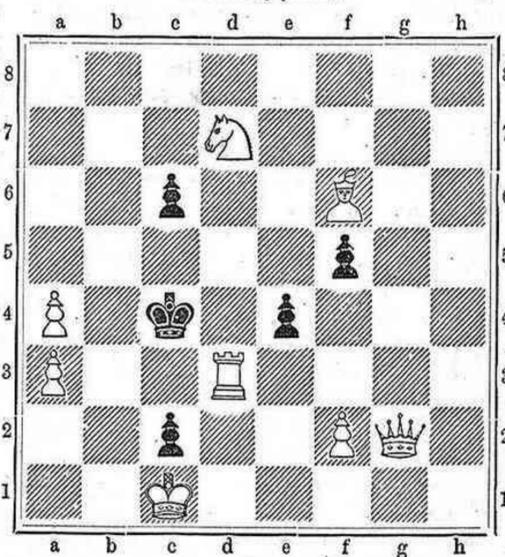
Alfonso, conde de Calonne, crítico artístico y literario parisiense.

Adán Flasch, arqueólogo alemán, profesor de Arqueología de la Universidad de Erlangen, autor de notables obras sobre la antigüedad helénica.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 269, POR R. L'HERMET.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 268, POR J. KOS.

Blancas.

1. Th4—h8
2. Th2—h6
3. f5—f6
4. Cd7—b6 ó e5 mate.

Negras.

1. A toma Th8
2. T toma T
3. Cualquiera.

VARIANTES

- 2.... Ah8—f6; 3. Cd7—e5 jaq., etc.
 2.... f7—f6; 3. Cd7—e5 jaq., etc.
 2.... C toma Pe4; 3. Ch3—a5 jaq., etc.
 2.... Tc6—d6, etc.; 3. T toma T, etc.
 2.... Otra jugada; 3. T ó C mate.
 1... C toma Pe4; 2. Cb3—a5 jaq., Rc4—d4; 3. C toma T mate.
 1... Tc6—d6, etc.; 2. Cd7—b6j., T toma C; 3. Th8—c8 jaq., etc.
 1... Tc6—e5, etc.; 2. Cd7—b6 mate.
 1... Af6—e5, etc.; 2. Cd7—e5 mate.
 1... Af6—d4; 2. Cb3—a5 mate.
 1... Otra jugada; 2. Cd7—b6j., T toma C; 3. Th8—c8 jaq., etc.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Obtuvo, en una palabra, cuanto se le antojó pedir, quizá porque tuvo el buen acuerdo de no pedir sino aquello que conocía que buenamente se le podía otorgar sin lesionar los intereses de nadie. Además ganó con esta insistencia en cuidarse de sus hijos el dictado de una madre modelo, aunque «un poco cócora», según decían los que más habían padecido de sus importunidades.

Al cabo de algunos años, su hijo, después de concluidos sus estudios, se había convertido en un joven instruído, medianamente listo y que, según el deseo manifestado siempre por su madre, tenía aptitud grande para saber ver las cosas por su lado práctico y sacar de ellas todo el provecho que podía. No tenía grandes cualidades ni gran talento, pero carecía de defectos y tenía un barniz de buena sociedad que debía hacerle aceptable para cualquier persona que no tuviera muy elevada inteligencia.

Todo el mundo convenía en que era un chico que iría muy lejos por poco que se le empujara; pero el caso era que, después de haber importunado á tanta gente, nadie se sentía con valor de continuar protegiendo á aquel grandullón que siempre necesitaba de ajena ayuda y nunca había hecho nada por cuenta propia.

No había, pues, sino un partido que tomar: procurar hacer fortuna por medio de un buen matrimonio. El matrimonio tiene, entre otras ventajas, la de renovar las familias y poner en contacto gentes á quienes nada se ha pedido todavía, y además no faltan muchachas bonitas y con fortuna saneada que anhelan casarse. La señora de Egrigné no había olvidado esa lección de su juventud silenciosa, y contaba servirse de su experiencia personal para encontrar un brillante partido para su hijo.

Antes de haber visto á Gilberta, la excelente madre había pensado más de una vez, por lo que de ella oyera, que esa joven sería un magnífico partido para Luis; después del baile de los Sres. de Grandpré comprendió que no podría hallar cosa mejor.

La manera como la baronesa había vuelto á entrar en sociedad no había sido un triunfo, pero distaba mucho de ser una derrota; se había aceptado la invitación por curiosidad; se había acudido por interés, y se había salido satisfecho.

Aquella casa era de las que en lo sucesivo se podía frecuentar. Bien pronto sería una de aquellas cuyas invitaciones serían buscadas, pues ningún prejuicio resiste á la fuerza de un hecho consumado y á las ventajas de una situación sólida y brillante, fortalecida por inmejorables relaciones.

Hasta que llegara ese momento había un espacio de tiempo precioso que se podía quizás prolongar usando de cierta diplomacia, murmurando un poco de la señora de Grandpré; espacio de tiempo de valor inapreciable, durante el cual se podría cazar al vuelo, por decirlo así, á Gilberta, que era todavía novicia. He aquí por qué la señora de Egrigné visitó á la baronesa el primer día que recibió.

En aquella circunstancia delicada, la excelente madre se hizo acompañar por su hija, que apenas salía de su casa, pero cuya presencia sería de gran importancia en aquella intriga casamentera.

Emma de Egrigné no se parecía en nada á su madre ni á su hermano. Era una joven delgaducha y alta, muy alta, y acaso por esta causa, torpe y tímida. Desde que murió su padre nadie la había mimado. ¿De qué puede servir para labrar una fortuna una muchacha que no es ni bonita, ni intrigante, ni inteligente? La pobre Emma, siempre reñida, siempre tratada de torpe y tonta, había crecido sin cariño de nadie y guardado para sí todas sus impresiones, sin gozar de ninguno de los placeres honestos que constituyen la dicha de las jóvenes de su edad.

Un día tuvo la idea de entrar en un convento; le

parecía que la atmósfera apacible y tranquila del claustro convenía á su alma dolorida y que le costaría bien poco renunciar al mundo, ya que á tantas cosas había tenido necesidad de renunciar.

momento que advirtió la simpatía con que la miraba la hija de aquella señora, se sintiera atraída hacia ella y la dirigiera palabras cariñosas que acabaron de conquistar el corazón de aquella grandullona. De ahí resultó que, cuando la señora de Egrigné se levantó para salir, sus proyectos ambiciosos habían ganado mucho terreno.

En sus conversaciones, el hijo y la madre se guardaban, por regla general, de hacer terciar á Emma, que era incapaz de comprender sus miras; pero aquella vez Luis quería participarle sus intenciones, movido del deseo que tenía de asegurar la conquista de la hermosa heredera. Su madre se opuso á ello.

— ¡Emma es tan tonta y romántica, dijo, que sería capaz de hacer cualquiera atrocidad! Deja que esa idea nazca por sí misma en su cerebro, y entonces estaremos seguros de obtener su concurso; tanto más, cuanto que ha concebido una especie de pasión por tu... digamos ¡tú novia!

Aquella palabra hizo asomar á sus labios una sonrisa satisfecha. Aquellas gentes, en el fondo, no tenían su alma depravada; muy superiores moralmente al bobo de la fábula, no deseaban por sistema el mal ajeno; se contentaban con desear primeramente su bienestar, y el daño de los otros venía después, si era necesario.

VIII

En tanto que Luis de Egrigné ponía sitio al corazón de Gilberta, ayudado en esta empresa por su inocente hermana, Pablo de Grandpré sufría, á su vez, una metamorfosis muy extraña.

Su alma de niño, violenta y apasionada, se había cerrado antiguamente á todas las emociones tiernas, y con la mejor buena fe del mundo se había prometido no amar sino á su padre, y había sabido hasta entonces mantener su palabra. La aparición de su hermana le había causado una impresión extraña, y la sociedad y el contacto con aquella naturaleza juvenil despertaron en su alma una porción de ideas olvidadas mucho tiempo hacía.

No es que sintiera por su hermana una gran ternura, antes bien la miraba con una especie de curiosidad, tal como un

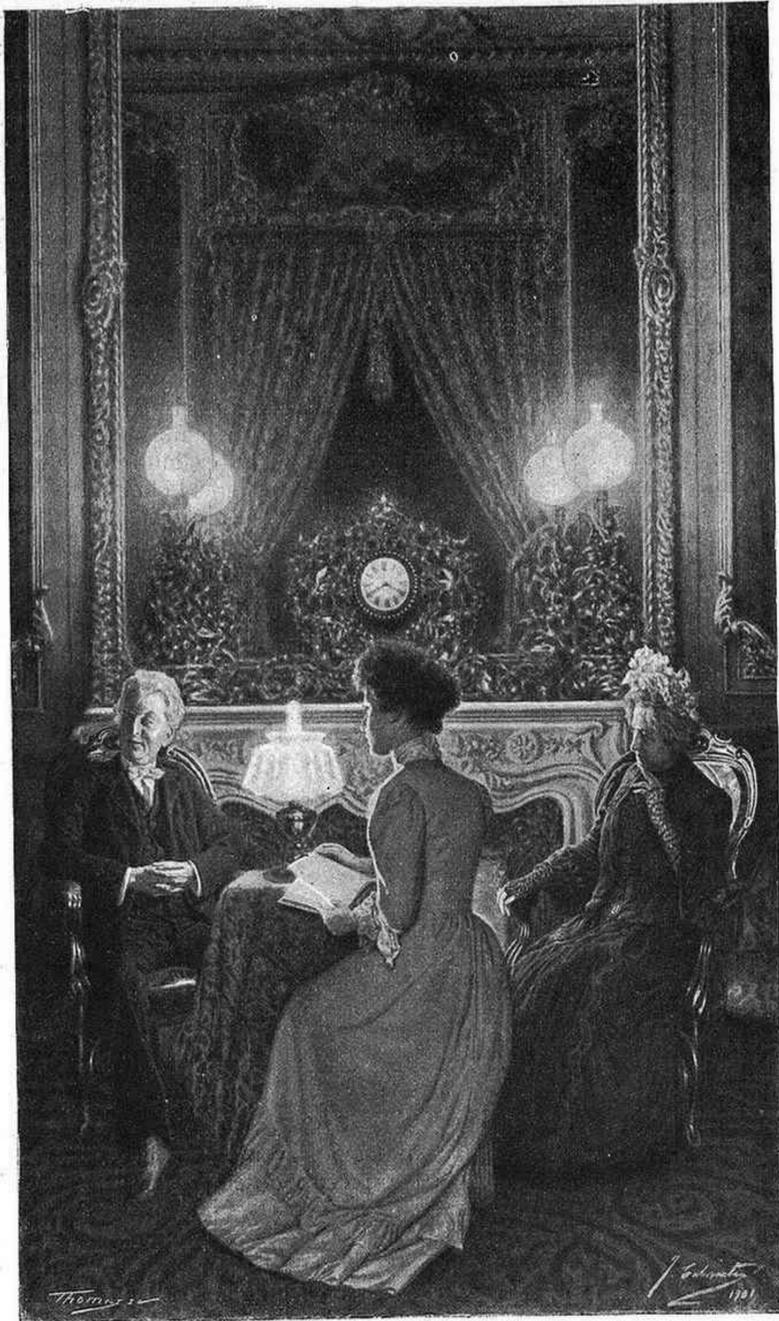
hombre serio mira los saltos y carreras de un gatito. Pero la gracia de la juventud había obrado sobre él, y desde entonces las jóvenes le parecían más vivas, más reales; aquel corazón que obstinadamente se cerrara al amor, á fin de no padecer lo que su padre había sufrido, estaba á la sazón domado.

Nada había advertido él, sin embargo, de tal manera que se hubiese rebelado si se lo hubieran dicho; pero ciertas melancolías súbitas, profundas y sin causa que le asaltaban cuando pasaba las horas de la velada junto al fuego, melancolías que tenían un encanto sutil como un perfume y de las cuales despertaba con dificultad, eran el resultado de aquel estado de ánimo, todavía inconsciente.

Pablo no estaba siempre triste, sin embargo: en su interior sentía vago contento, deseos de expansión jamás conocidos, y sonidos y colores en que en otro tiempo no se fijara, hacían surgir allá en el fondo de su alma impresiones casi alegres, impulsos rápidos y fugitivos hacia otra existencia de la que llevaba...

¡Quimeras!, pensaba. ¡Vanos ensueños! Y reprendiéndose á sí mismo, volvía á sus libros y amontonaba cifras y más cifras, animado por el viril y grave pensamiento que le sugería siempre la ternura que sentía por su padre.

Una noche, Pablo de Grandpré salía de un restaurant donde había comido solo. Una ruda jornada de ejercicio con sus soldados por la mañana y de conferencia con sus jefes por la tarde, le habían can-



... el libro temblaba ligeramente en sus gráciles manos

Pero la señora de Egrigné no había querido de ninguna manera dar el consentimiento y le había explicado el porqué: no podía pagarle la dote. Por lo contrario, debía procurar casarse lo mejor posible, y por tal medio realzar el nombre y la fortuna de la familia. Si eso era imposible, el día que su hermano se hubiese casado y el edificio que tan trabajosamente había levantado su madre quedara concluído, entonces quizá fuera posible aprontar una dote y hacerla entrar en un convento aristocrático, de esos que dan lustre á una familia. La pobre niña se sometió en silencio, según tenía por costumbre. De aquella conversación, que fué sazonada con algunas cuchufletas fraternales, le quedó un deseo: que aquel famoso matrimonio se contrajera cuanto antes, ya que solamente por tal medio podrían acabar las privaciones que, en silencio y para hacer un buen papel en sociedad, sufrían todos.

Aquella muchacha fea y desgalichada, que miraba á Gilberta con sincera admiración, agradó sobre manera á ésta. En el convento donde la educaron, la señorita de Grandpré tenía muchas amigas, y como de costumbre, al separarse habían prometido que irían á verla; pero esas promesas, que rara vez se cumplen, tenían en esta ocasión en contra suya el rigorismo de las mamás, que no querían que sus hijas frecuentaran el trato de Gilberta. Así, pues, pocas fueron las que la visitaron, y aun éstas eran las más pobres y las menos guapas.

Por esta causa se comprende que desde el primer

sado de tal modo, que se metió en la primera fonda que le vino á mano.

Bien es verdad que muy á menudo, bajo un pretexto ú otro, evitaba la penosa impresión que sentía junto á su madre. La costumbre de verla no había modificado nada ó casi nada el sentimiento que le inspiraba, y la pobre mujer lo había advertido tan claramente, ya en la conversación, ya en las miradas, que procuraba siempre invitar á algún amigo, por lo general Marsac, para que cesase de aquella manera la tirantez que de otro modo reinaba durante la comida. Pero Pablo tampoco simpatizaba con Marsac, á pesar de la amistad que su padre sentía por él, y prefería la soledad, que sólo alegraba Gilberta cuando estaba en su compañía.

Salía, pues, aquella noche del restaurant donde había cenado con la frugalidad espartana que era una de sus virtudes, y encaminaba sus pasos hacia la casa paterna, cuando vaciló un momento. Uno de los pocos relojes que dejan oír su metálica voz por encima de los ruidos de París dió las ocho. La noche era bastante apacible, aun cuando un viento húmedo azotaba el rostro; Pablo vaciló de nuevo, y al cabo se dirigió resueltamente hacia un antiguo palacio de la calle de Saint-Honoré.

Era un caserón viejo, habitado por gentes de rancias costumbres, como lo probaba todo á simple vista: desde el llamador de la puerta cochera hasta las lámparas de la escalinata, todo denunciaba que el dueño era hombre que no quería hacer concesión ninguna á las costumbres y modas nuevas. Todo estaba allí como estuvo en tiempo del gran rey.

La escalera, de piedra, carecía de alfombra; la barandilla de la escalera, de hierro forjado con rosas doradas á fuego, no tenía pasamano de madera ó terciopelo: todo recordaba el tiempo viejo.

Pablo llamó al estar frente á la puerta del primer piso. En este punto el dueño había tenido que transigir porque, dadas las costumbres modernas, no encontraba criados que quisiesen estar de continuo en la antecámara. Cuando un ladrón hubo robado el sobretodo de un convidado al encontrarse con la puerta abierta y sin lacayo que la guardara, el amo había llamado á un cerrajero é hizole poner timbres. Pero por lo que hace á la aldaba de la puerta cochera, se había mantenido inflexible, y cuando volvía ya entrada la noche, el ruido formidable del aldabonazo hacía estremecerse de miedo á las buenas comadres de la vecindad, que estaban ya acostadas.

El salón en que fué introducido el joven tenía cinco metros de alto. Anchas colgaduras de damasco gris bajaban desde la cornisa de madera esculpida y dorada. Sus grandes pliegues, hechos más pesados por antiguas y ricas pasamanerías, dejaban un profundo hueco en el testero, donde, sobre una tarima de pulido roble, había dos sillones, anchos y pesados.

Un gran cuadro de Poussin, del cual en aquella hora no se distinguía sino el marco encuadrando una mancha oscura, y varios retratos de familia, adornaban los muros; en la chimenea un reloj de Boule de cuatro pies de alto y dos grandes globos de cristal acababan de dar á aquella habitación semejanza grande con los salones de Versalles.

A cada lado de la chimenea, donde ardía un enorme tronco de encina, había dos sillones monumentales, ocupados por los dueños de la casa, que estaban en armonía perfecta con el mobiliario y la casa. Él, alto, robusto, erguido, coronada la cabeza por pelo cano y recio; ella, delgada y delicada, vieja ya, aun cuando tenía veinte años menos que su esposo: eran los Sres. de Cerences.

Una lámpara Carcel ardía cerca de cada uno en el extremo de la alta chimenea; pero en un salón tan vasto y á tanta distancia de los rostros, aquella luz hubiera sido insuficiente para cualquier trabajo ó lectura. Ante el hogar, á igual distancia de los dos esposos, había una mesilla sobre la cual se hallaba colocada una lámpara de forma antigua, con pantalla verde; en el círculo luminoso que proyectaba se veían las manos de una joven, elegantes y finas, que mantenían asido un libro abierto. El rostro de la lectora, que leía en voz alta, quedaba en la sombra, y su voz era de un timbre cristalino, exquisito y cariñoso, como si hubiera en ella un manantial de lágrimas oculto, pero siempre presto á fluir.

Cuando el lacayo anunció al Sr. de Grandpré, el libro temblaba ligeramente en sus gráciles manos y la voz cesó de sonar.

La joven se levantó y Pablo recibió en pleno rostro la mirada de los hermosos ojos, pardos, dulces y tímidos, que parecían pedirle perdón por su insistencia en mirarle.

— Buenas noches, Sr. de Grandpré; se vende usted caro, dijo el anciano con voz de bajo.

Pablo se inclinó profundamente, y murmurando una excusa, saludó á las dos señoras.

Un criado le había acercado una silla y se sentó en ella, no lejos de la mesita de la lectora, y esperó que le dirigieran la palabra. Le gustaba aquella casa de costumbres patriarcales, y en este tiempo de apretones de manos vulgares el joven no había tocado jamás la mano de los Sres. de Cerences, ni mucho menos la de su nieta Herminia; pero, sin embargo, le placía la sociedad de aquellos señores á la antigua usanza.

Por casualidad había sido presentado á los señores de Cerences, y á éste le habían agradado aquel continente serio y correcto del joven, que á otras gentes les parecía signo de frialdad antipática. Un acto de cortesía, bien sencillo por otra parte, le había valido la estimación de la señora de Cerences.

Al salir de un almacén, en el momento en que pasaba el joven por la calle, éste se adelantó para abrir la portezuela de su coche y no se apartó de allí ni se cubrió hasta que ella le hubo despedido con un ademán.

No fué preciso más para conquistar el corazón de la anciana señora.

Algunos días después recibió Pablo una invitación para una comida, y luego fué admitido como visita de la casa, y una vez por semana desde entonces iba á presentar sus respetos á aquellos antiguos representantes de otro régimen y de otras costumbres.

Herminia era, sin embargo, cortada por el patrón de las señoritas modernas, por más que también se reflejara en su persona algo de aquellas costumbres antiguas de que en toda la casa se respiraba el aire.

Iba la joven vestida á la moda, sin extremarla jamás, y trataba á sus abuelos con mayor respeto que cariño, dejó también de aquel tiempo viejo en que el respeto á los padres se marcaba más que el amor. Pero en aquellos hermosos ojos pardos se leía, á despecho de vanas fórmulas, una indecible ternura hacia los ancianos, de los cuales era el único consuelo y que representaban también para ella toda su familia.

Herminia de Cerences había perdido á su madre cuando era muy niña todavía, y á su padre algunos años después, y desde entonces había sido educada bajo el techo de sus abuelos por institutrices y profesores, ya que el Sr. de Cerences no había querido nunca que entrase en un colegio, y únicamente había permitido que asistiera á la Magdalena cuando se trató de celebrar su primera comunión. No tenía amigas, apenas asistía nunca á reuniones, pues la salud quebrantada de su abuelo hacía que la joven se retirase muy temprano, y bien puede decirse que de la vida no conocía sino los deberes. Antes de tratar á Pablo de Grandpré no había mirado á ningún joven; en cuanto le vió le amó sin darse cuenta de ello, imaginando que su afecto provenía de la natural cortesía que le era preciso observar con un joven que tan atentamente trataba á su abuela.

La conversación no pecaba de animada; pero á Pablo le gustaba aquella sociedad y sentía verdadera ansia por estar en aquel salón grandioso y tranquilo, y por ver cada semana, cuando menos, la vigorosa y severa silueta del Sr. de Cerences, la simpática y atractiva de su esposa y la juvenil de Herminia, que se destacaba con limpieza bajo el ancho círculo de luz que trazaba la pantalla verde. ¿Amaba á Herminia? No lo sabía siquiera.

En tanto que saboreaba la paz bienhadada que se respiraba en el amplio salón, llegaban hasta él, atenuados por las pesadas colgaduras, los sonidos de la calle, el rodar de los coches, el vocear de los vendedores ambulantes, la vida en fin que, en lo exterior, continuaba desarrollándose... ¡Con cuánto gusto hubiera pasado horas y horas en aquella mansión tranquila y olvidado en el seno de aquella familia austera la incurable herida que sangraba continuamente y que no se apartaba jamás de su imaginación!..

La puerta se abrió de par en par; el criado pronunció un nombre, y un intruso se adelantó hacia la señora de Cerences. Era un hombre de unos treinta años, correctamente vestido, con patillas á la inglesa, y que desde el primer momento desagradó á Pablo, que á su vez conoció que había producido impresión parecida en el nuevo visitante.

Mientras que el recién venido saludaba á los dos hermanos, Herminia volvió sus ojos al joven oficial. Su mirada, casi suplicante, decía claramente:

«Lo siento, pues estábamos mucho mejor antes de la llegada de este caballero; pero no es culpa mía, y nada tengo que ver yo en ello.»

Una sonrisa tímida y como vacilante acompañaba esa mirada, y Pablo sintió de repente como iluminada su alma. ¡Cuán amable y graciosa era aque-

lla niña y cuánto le gustaba todo lo que de ella emanaba! Evidentemente aquel caballero era un aguafiestas. Y sin embargo, Pablo casi se sentía dispuesto á ser magnánimo..., porque veía que Herminia no se interesaba por él.

Se efectuó la presentación: el visitante se llamaba de Villebois. Los dos jóvenes se miraron de pies á cabeza, y es de suponer que á ninguno de ellos le satisfizo el examen que con gran rapidez se hicieron mutuamente. Al cabo de diez minutos, durante los cuales el Sr. de Villebois estuvo explicando las novedades que había visto en Londres, de donde llegaba, Pablo se iba á retirar, cuando Herminia, advirtiendo su intención por un gesto que hizo, le dijo á media voz:

— Aguarde usted, caballero, van á servir el te. Aquello no era nada ni había que darle importancia; Herminia no le había mirado siquiera, y con sus manos ágiles apartaba el libro y el cortapapeles para hacer sitio donde colocar la bandeja que traía un criado; pero Pablo se sintió lleno de indecible reconocimiento, y con el corazón alegre y contenta el alma aceptó el te, unos bizcochos, un dulce... Hubiese aceptado todo con tal que fuera Herminia quien se lo ofreciera.

La bandeja desapareció, Herminia se sentó de nuevo en su sitio y Pablo se levantó; se despidió, y al encontrarse en la ancha escalera no recordaba á punto fijo lo que había dicho al despedirse; sólo sabía que los ancianos le habían invitado á volver, como de costumbre, y que Herminia le había saludado sin alzar los ojos. La puerta cochera se cerró tras él, y el aire frío de la calle azotó su rostro con la suavidad de una caricia.

Había llovido; pesadas nubes, alumbradas por los reflejos de París, pasaban rápidamente sobre su cabeza en la masa oscura del cielo; el piso, mojado, relucía como si acabara de barnizarse, y un perfume de primavera, suave, penetrante, corría, en alas del viento, á lo largo de las calles, de los muelles y de los desiertos jardines.

Pablo se alejó lentamente á través de la plaza de la Concordia; mil recuerdos antiguos asaltaban dulcemente su memoria. De ordinario evitaba pensar en su infancia, temiendo evocar el rostro de su madre, juvenil y tierno, afectuosamente inclinado á su pequeño rostro de muchacho resuelto... Aquella noche surgían en su memoria pensamientos en que no se mezclaba la imagen de su madre, y los saboreaba con infinita ternura.

Primero, sueños de adolescente ambicioso, quimeras de un amor sin objeto..., la sombra de un anciano profesor á quien amaba y que había muerto... Le habían acompañado al cementerio una tarde de abril en que lloviznaba y las lilas embalsamaban el aire en aquel cementerio... Desde entonces, el olor de las lilas le recordaba siempre pensamientos de melancolía y de inmortalidad.

Aquella noche no había, sin embargo, en la atmósfera perfume de lilas, y no obstante, el viento traía de alguna playa ignota un perfume singular que casi le embriagaba. Llegado al puente de la Concordia, se detuvo para mirar al río.

Las luces de los muelles se reflejaban en él como puntos de fuego innúmeros, infinitos; las líneas fulgurantes se extendían á lo lejos hasta perderse de vista y confundirse con otras, y los candelabros de los puentes reflejaban las luces de sus faroles sobre las negras arrugas de la corriente, formando anchos brazaletes y doradas cinturas sembradas de rubíes y esmeraldas con el agua aprisionada entre sus orillas luminosas. Un ruido melancólico, regular, musical, acompañaba la carrera del Sena bajo los arcos. Hubiérase tomado por una melodía rítmica, una voz de mujer cantando una canción para adormecer á un niño.

Pero el estremecimiento, el sollozo de las ondas, no era triste; el esplendor de las luces parpadeantes parecía una apoteosis de oro sobre el fondo oscuro del horizonte, una fiesta misteriosa y mágica de inconcebible riqueza, á la cual, bajo un soplo de eterna primavera, serían invitados únicamente aquellos que hubiesen ganado la inmortalidad.

La inmortalidad... ¿Por qué pensaba en ella? — Nada es inmortal, se dijo Pablo, pensando con amargura en el pesar que acibaraba su vida.

De repente una voz estalló en su interior: — ¡El amor es inmortal! Se renueva y pasa de un ser á otro; acaba y empieza de nuevo á través de los siglos; crea y tortura; mata y muere, y luego renace como el ave de la fábula, como la primavera.

El aire, cada vez más tibio, le hacía estremecer como si fuera un beso.

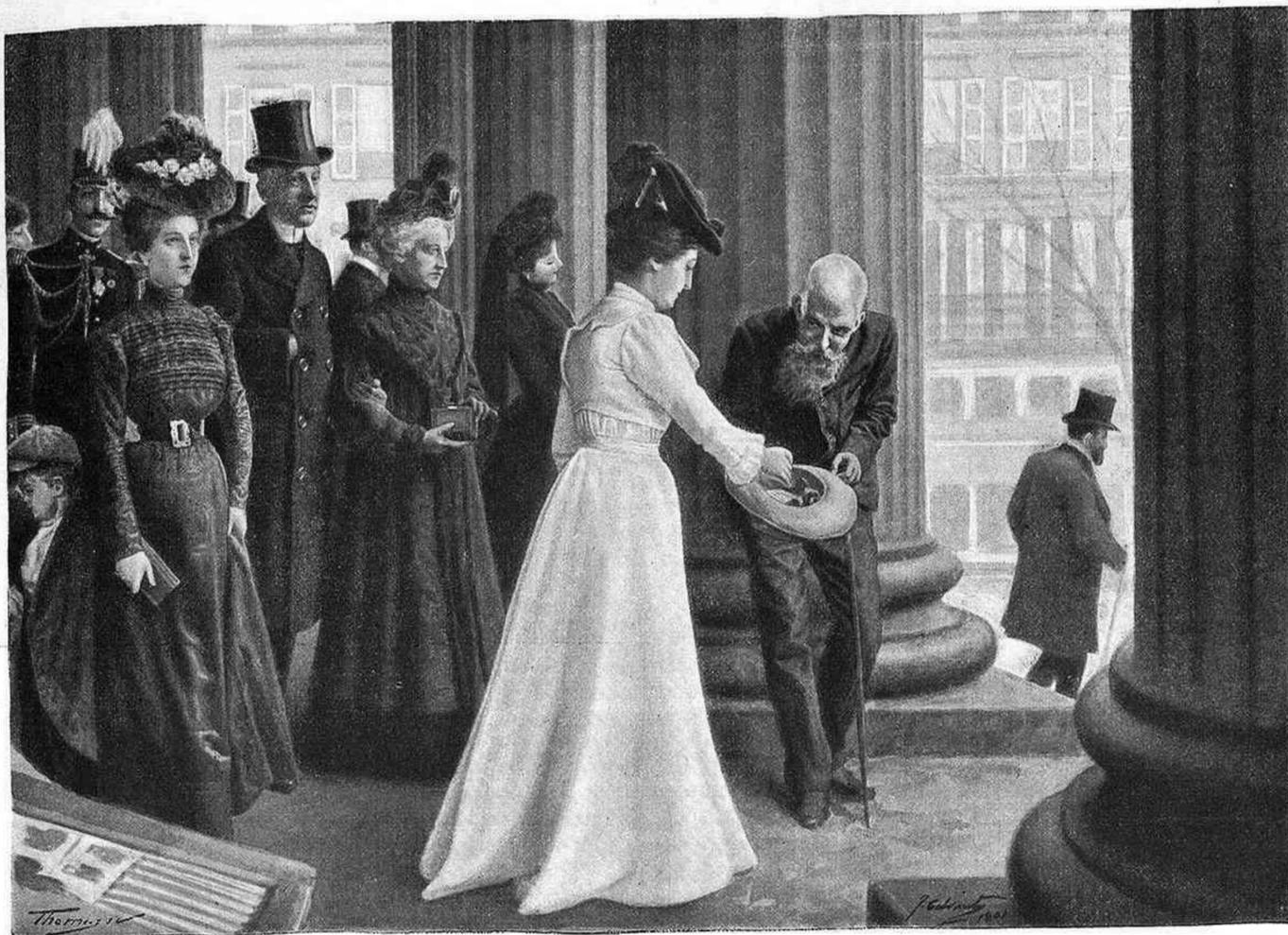
— ¡Oh, primavera!, murmuró Pablo con un arranque instintivo hacia la fulgurante lejanía, ¡oh, primavera! ¡Juventud, vida!..

Jamás sintió nada parecido: jamás su ser moral replegado en sí mismo, castigado por la desgracia y el abandono, se había desplegado de aquella manera; sentía crecer alas á su alma y su pecho respiraba con mayor amplitud que jamás lo hiciera. La visión con una lámpara bajo una pantalla de porcelana verde, de un rostro cándido, de dos ojos sonrientes, apareció en aquel fondo obscuro y dorado con esplendor vivísimo, rodeado como de un nimbo de oro, marco precioso que los áureos hilos de la cabe-

de nuevo con una multitud elegante. Ninguna de aquellas mujeres llamó la atención del joven oficial, que se creía disimulado en la sombra, cerca de la puerta... De repente vió un sombrero negro cuya ancha ala daba sombra á una frente pura y á dos ojos pardos. ¡Cuántos sombreros negros de anchas alas habían entrado en el espacio de diez minutos, y sin embargo, ninguno había hecho palpitar como aquél su corazón!.

Herminia mojó los dedos en la pila y luego se in-

de verle; y sumamente ruborizada, saludó con un movimiento de cabeza y se volvió hacia sus abuelos. Ellos la seguían, cambiando saludos con las personas conocidas, y simulaban no haber visto nada; Herminia vaciló; y luego, sintiendo la imposibilidad de contestar, si la interrogaban, continuó caminando hacia la salida de la iglesia. La ciudad, que en aquella hora resplandece de luz y vida y agita su dorado polvo entre la nube que forma el agua tamizada de sus fuentes, aquel París viviente y rumoroso,



...y luego, sintiendo la imposibilidad de contestar, si la interrogaban, continuó caminando hacia la salida de la iglesia

llera de la visión formaban á aquel rostro de ángel. «¿Será verdad, pensó, que quiero á Herminia?»

Apretó estrechamente los brazos sobre su corazón, que encerraba un nuevo mundo, y volvió á su casa como si llevara un tesoro.

Bien pronto se durmió sin pensar en nada, con sueño pesado y sin visiones, anonadado por la grandeza de su emoción. Vencido por lo súbito de su descubrimiento, no vaciló un instante en volver aquella página del libro de su vida, y desde aquella noche se convirtió en otro hombre.

IX

A pesar de las emociones que habían transformado su ser, Pablo de Grandpré no por eso dejó de razonar como de costumbre, y por la que tenía de tomar en serio todas las cosas no quiso obrar con aturdimiento.

Desde que se desarrolló el drama de su infancia, el matrimonio se le había aparecido como una especie de lucha, en la cual el mejor de los dos seres tan fuertemente atados, debía ser fatalmente la víctima del otro, y estaba resuelto á no casarse jamás. Un soplo de *sirocco* - hálito de la primavera que despedía el Africa, - una media sonrisa de una boca ingenua, una mirada inocente y turbadora, ¿bastarían para cambiar todas las convicciones de su juventud? ¿No era preciso antes asegurarse de que no era víctima de sus nervios sobreexcitados por una jornada de trabajo excesivo, ó juguete de una influencia atmosférica anormal?

Difícil es asegurarse de estas cosas; pero, como quiera que el día siguiente era domingo y el domingo da muchas soluciones y facilidades excepcionales á los enamorados, á Pablo se le ocurrió ir á la Magdalena á la misa de la una, pues estaba seguro de encontrar allí á la señora de Cerences, que no salía jamás de casa antes de almorzar. Pensó que la sola vista de Herminia le bastaría para dilucidar aquel arduo problema.

Razonando de tal suerte, aquel hombre que creía tener un corazón árido y un carácter positivista, se dirigió hacia la Magdalena y esperó que hubiese terminado el oficio para entrar allí.

Rápidamente la iglesia quedó desierta y se llenó

clínó hacia su abuela para ofrecerle el agua bendita; la señora de Cerences á su vez alargó los dedos á su marido que la seguía, y los tres penetraron bajo la nave.

¿Por qué Herminia volvió la cabeza hacia el rincón donde estaba Pablo? ¿Por qué un rubor exquisito, transparente, ideal, doró su fina y rubia tez, y por qué el mozo tuvo tanta vergüenza y miedo de que le viera y cerró los ojos durante una milésima de segundo, en vez de saludar, como era su deber?

Un pensamiento horrible atravesó el corazón de la joven: «¡No ha venido por mí!» y pasó de repente, seria, helada, preguntándose cómo podría sepultar pena tan cruel.

Sin embargo de que la timidez de Pablo, que él llamó cobardía, no había durado sino un instante, al abrir de nuevo los ojos observó que Herminia había pasado ya. Maldecía esa timidez cuando, á pesar suyo, Herminia volvía hacia él su rostro pálido y transfigurado por un primer pesar amoroso.

Aquella vez se comprendieron. Ella apartó con rapidez sus ojos llenos de lágrimas de dicha, y quedó él inmóvil, fascinado, siguiéndola con la mirada.

Su alma le parecía una copa demasiado llena que el menor movimiento haría rebosar.

Herminia había desaparecido entre las filas de los demás fieles; la alta estatura del Sr. de Cerences era lo único que le indicaba el sitio que aquella debía ocupar. Diversas veces se le ocurrió aproximarse para saborear su felicidad, pero no tuvo valor para ello. Con aquella estupidez peculiar á las personas inteligentes que están dominadas por una gran pasión, procuró persuadirse de que su presencia en una iglesia era lo más natural del mundo y que nadie podría extrañar jamás que hubiese ido á misa á la Magdalena, por más que su parroquia era la de Santo Tomás de Aquino.

Escudado por la lógica de estos razonamientos, luego de terminado el oficio se acercó junto á la pila para recibir una vez más la mirada de aquellos ojos angélicos... Esto era mucho, pero la pasión le impulsaba. Cuando Herminia tendía su mano, Pablo se adelantó, y ofreciéndole el agua bendita, rozó la punta de sus dedos.

Sorprendida por la acción había retrocedido involuntariamente, porque le había reconocido aun antes

so, le parecía tan lejano como la cima del Himalaya.

- ¿Qué haces, Herminia?, le preguntó su abuela en el momento en que deteniéndola y avanzando el pie en el vacío iba á saltar el primer escalón.

- Perdón, abuelita, dijo reponiéndose.

Aquella sacudida la había vuelto á la realidad.

- ¿Quién te ha dado agua bendita?, preguntó la señora de Cerences.

Haciendo un violento esfuerzo para dominar su insegura voz, la joven contestó:

- El Sr. de Grandpré.

La anciana, que era muy inteligente, le lanzó una mirada rápida. Quizá antes de aquel momento había leído ya en el corazón de la niña mucho más que la propia Herminia.

- ¡Ah!, exclamó con fingida indiferencia, no sabía que ese caballero viniera á la Magdalena.

- Es la primera vez, abuelita, contestó imprudentemente la joven con alguna vivacidad.

- ¡Ah!, repitió la señora de Cerences. Poco importa eso de todos modos.

Y no habló más de ello.

Durante la semana siguiente, Pablo hizo una corta visita, y el domingo siguiente no asistió á la misa de la una. Herminia imaginó que se había engañado, que el mozo no se ocupaba de ella, y durante dos noches se durmió con los ojos bañados en lágrimas. Al cabo de quince días le amaba perdidamente.

X

Durante aquel tiempo Luis de Egrigné proseguía sus planes. Las ocasiones de ver á Gilberta abundaban, pues Emma había intimado con ella y la señora de Grandpré iba á devolverle muy á menudo sus visitas; por otra parte, la madre de Luis era diestra en agradar á las jóvenes, y ponía, como era natural, todo su empeño en atraer á Gilberta.

Emma era el instrumento dócil de sus proyectos, con tanto más motivo, cuanto que no los sospechaba siquiera. Por primera vez durante su vida no escuchaba burlas ni palabras duras de su familia; hablaba con entusiasmo de su encantadora amiga y dejaban que dijese cuanto le venía en gana.

(Continuará.)

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - LA CORBETA ESPAÑOLA «NAUTILUS», ESCUELA DE GUARDIAS MARINAS

(Fotografías de D. Francisco Ramírez, remitidas por D. Justo Solsona)

La llegada de la corbeta española «Nautilus», buque escuela de guardias marinas, al puerto de Buenos Aires, dió lugar á continuas fiestas que duraron por espacio de *doce* días, enlazadas de tal modo,

festejos, resultando amenos y cortísimos los días que permanecieron en puerto, á tal extremo que día hubo de tres banquetes y noche de tres ó cuatro bailes. Por cierto que es de agradecer mucho cuanto

tirantez diplomática con la vecina república de Chile, llegando momentos en que la ruptura de relaciones y hasta de hostilidades parecía inminente y cosa de pocas horas.



Los jefes, oficiales y guardias marinas de la *Nautilus* disponiéndose para la excursión á «La Martona»



Jefes, oficiales y guardias marinas de la *Nautilus* y otros invitados visitando «La Martona» en Cañuelas

que jefes, oficiales y alumnos dieron pruebas inequívocas de resistencia corporal, porque tiempo les faltó para dormir y hacer las digestiones.

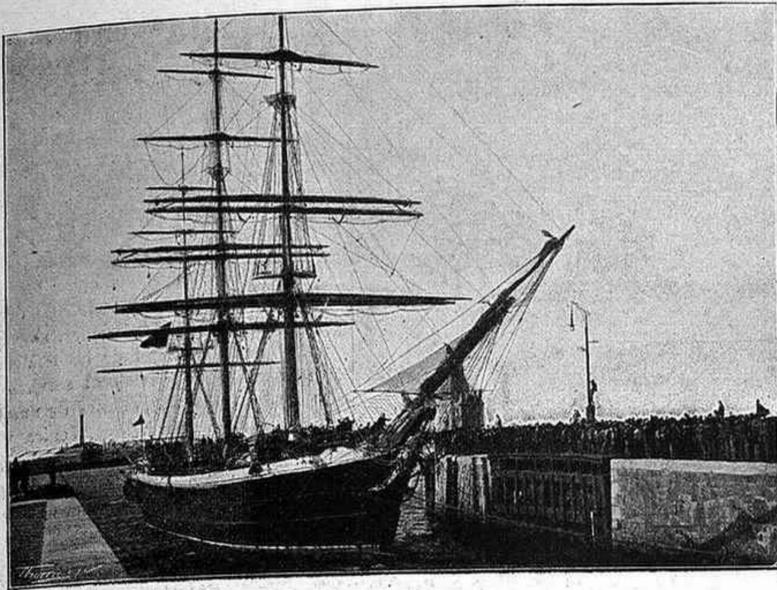
La sociedad argentina en general, y marinos, militares y demás elemento oficial en particular, amén de la colonia española, se desvivieron en procurarles

hizo el elemento oficial asistiendo á todas las fiestas, así el Excmo. Sr. Presidente de la República teniente general D. Julio A. Roca, los ministros de Marina y Guerra, como también el Intendente, Secretario, etc., en época de continuas alarmas y grandes y muy justificados sobresaltos, ocasionados por el estado de

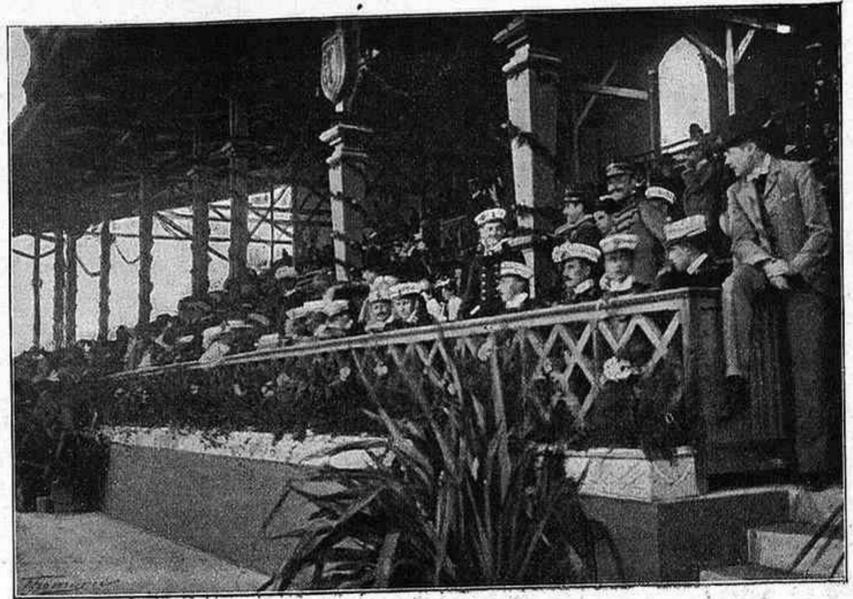
Dejando aparte consideraciones de orden político internacional y ateniéndonos á los festejos y honores tributados á los marinos españoles, haremos relación ligera de los principales, sin detalles, descripciones ni comentarios, porque sabiendo el modo de ser elegante y fastuoso de la buena sociedad argen-



Jefes, oficiales, guardias marinas y tripulación de la *Nautilus*



La corbeta escuela española *Nautilus*, entrando en el dique núm. 4 del puerto de Buenos Aires



Jefes, oficiales y guardias marinas de la *Nautilus* en la tribuna de la Sociedad Hípica Argentina

tina, pronto se dará cuenta el lector de la magnificencia y lucidez de todos ellos.

Desde antes de la llegada, la Intendencia Municipal tenía confeccionado un notable programa que más tarde fué ampliado, y el ministro de Marina había nombrado una comisión de distinguidos jefes y oficiales para que acompañasen á los españoles.

Después de la alegría consiguiente de la llegada, presenciada por un gentío enorme, y de las visitas oficiales y de etiqueta, empezaron las fiestas y las excursiones. De las últimas sobresalió la visita á la estancia de D. Vicente L. Casares, donde está establecida la importante lechería y fábrica de manteca «La Martona», de la que en tiempo oportuno nos ocupamos, que resultó una salida al campo animadísima por los incidentes típicos del país y por el suculento almuerzo perfectamente á la criolla.

En cuanto á banquetes, resultaron suntuosísimos los dados por el ministro de Marina en el «Centro Naval», en el que tomó parte lo más granado de la marina argentina; el del Jockey-Club, en el que estuvo representado todo lo más selecto del elemento

civil, y el espléndido almuerzo en el «Pabellón de los Lagos de Palermo», dado por el ministro de la Guerra al regreso de la visita al «Tiro Federal.» Además una *garden party* en la «Escuela Naval», á la que asistieron más de ochocientas señoras y señoritas.

Para completar la narración, mencionaremos tres grandes representaciones teatrales, carreras hípicas, visita al Apostadero de La Plata en el Río Santiago y correspondiente banquete, corso de las flores y un sin fin de festejos particulares.

Entre los de carácter español resultaron muy notables la recepción de la «Asociación Patriótica», el espléndido baile de gala dado en el «Club Español» y las magníficas fiestas y bailes dados en el «Centro Gallego», «Orfeón Español», «Círculo Valenciano» y otros de carácter íntimo y familiar.

Quedaron, pues, nuestros marinos agradecidos, contentos y abrumados con tantas demostraciones de fraternal cariño, y comprendemos perfectamente que la partida resultara algo triste para unos y otros, para agasajados y agasajantes, porque la simpatía ha sido mucha y profunda.

El día anterior al de dejar el puerto de Buenos Aires, el comandante de la «Nautilus», acompañado de todos los jefes, oficiales y alumnos, vestidos de gran gala, correspondieron á tantas atenciones con un *five o'clock tea* en el lujoso «Pabellón de los Lagos de Palermo», ya mencionado, al que asistieron el Presidente de la República, los Ministros, lo más selecto de la buena sociedad porteña y española y los Ministros plenipotenciarios de todas las naciones aquí acreditados, resultando espléndida la fiesta de despedida y constituyendo un digno remate á tantas celebradas en tan breves días.

La «Nautilus» dirigió su proa á «Bahía-Blanca», visitando el puerto militar y la escuadra argentina, repitiéndose allí las demostraciones de cordial afecto hispano-argentino.

De dicho puerto dirigió su rumbo al Cabo de Buena Esperanza, haciendo votos por la feliz navegación de la velera nave y por la salud y prosperidad de todos sus tripulantes.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS DEFRESNE
A LA PANCREATINA
Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los seculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE proviene de las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS
CARNÉ-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Frasco 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. 57-Bl-Denis, 48

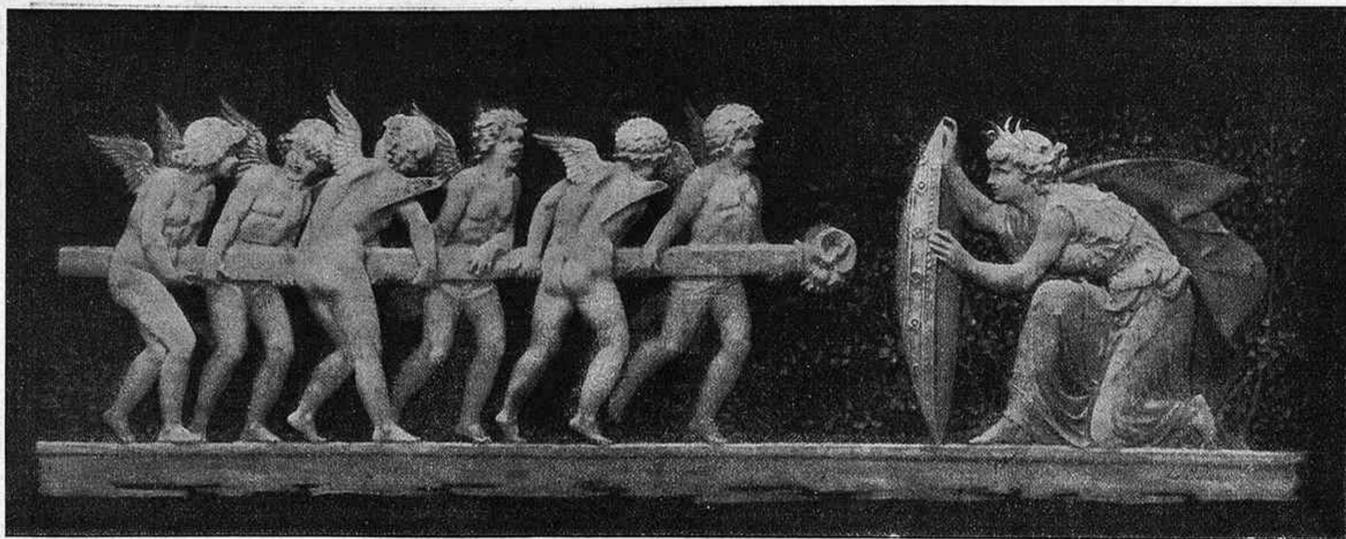
ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero. Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 AÑOS de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



El ariete, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres

EL ARIETE

PORCELANA DE LA FÁBRICA DE SEVRES

Esta obra, que figuraba en la última Exposición universal de París, está hecha por el procedimiento de pastas sobrepuestas con la perfección que tanta y tan merecida fama ha dado a la fábrica de porcelana de Sevres.

Esta célebre manufactura nacional francesa no se ha estacionado dentro de sus gloriosas tradiciones, sino que, aceptando lo mejor de las tendencias modernas, ha puesto al servicio del gusto y de las necesidades de nuestros tiempos su maravillosa técnica y las admirables combinaciones de sus dibujos y de sus colores. Por esto sus productos, lejos de desmerecer dentro del concepto artístico, adquieren cada día más valor y más importancia.

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^U BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^E DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET HONOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 T^{IA} G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
 ANEMIA, CALENTURAS, etc.**

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS.

Siete Medallas de ORO

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S⁻Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{IA}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

LA HARINA MALTEADA VIAL
AUTODIGESTIVA
 es la única que se digiere por sí sola

Recomendada para los
NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE,
 durante la denticion y el crecimiento,
 como el alimento más agradable y for-
 tificante. Se prescribe también a los
 estómagos delicados y a todas las personas
 que digieren difícilmente.

PARIS, 8, Rue Vivienne.
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS

ALIMENTO DE LOS NIÑOS

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Elujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.